

LAS FLORES DEL CANELO

Memorias y relatos de la señora
Guillermina Quintupil Melipil y Erwin Quintupil
Región de la Araucanía

Recopilación hecha por
Graciela Alvear Muñoz

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	2
PRIMERA PARTE: MIS RAÍCES	4
<i>MI PADRE</i>	5
<i>MI MADRE</i>	11
<i>LA FAMILIA QUINTUPIL MELIPIL</i>	16
<i>MI INFANCIA</i>	19
SEGUNDA PARTE: LOS RELATOS DE LA FAMILIA QUINTUPIL	23
<i>HISTORIA DE LA MACHI GUILLERMINA</i>	24
<i>LA VENGANZA DE LA MUJER DEL MAR</i>	28
<i>LOS TRES HERMANOS Y EL MAL ENCARNADO</i>	31
<i>EL HIJO APOSTADO</i>	35
<i>EL PUDÚ DE LOS AROS DE ORO</i>	38
<i>EL CANTO DEL CHILCHIHUÍN</i>	41
TERCERA PARTE: CUENTOS DE ANIMALES	43
<i>EL LEÓN DE SANTA JUANA</i>	44
<i>EL LEÓN Y EL PUDÚ COJO</i>	48
<i>EL LEÓN, LA LEONA Y LA VENADITA</i>	50
<i>EL ZORRO Y LA PERDIZ</i>	54
<i>LA ENEMISTAD ENTRE LA ZORRA Y LA PUDÚ</i>	57
Primera parte: la venganza de la pudú	57
Segunda parte: la guerra de los animales	60
<i>LAS ANDANZAS DEL ZORRO</i>	62
Primera parte: la fiesta en el cielo	62
Segunda parte: el zorro y la machi bandurria.	64
Tercera parte: el castigo de la machi bandurria.	66
<i>EL ZORRO, EL GALLO Y LA GALLINA</i>	68
EPÍLOGO	73
GRACIELA ALVEAR MUÑOZ	77
AUDIOLIBRO “LAS FLORES DEL CANELO”	78

PRESENTACIÓN

Conocí a la señora Guillermina Quintupil Melipil hace algunos años, cuando su sobrino Erwin y su hijo Marcelo se integraron a un taller de recopilación, estudio y proyección de la cultura tradicional en el que yo participaba.

Muy pronto me sorprendió el entusiasmo que ella manifestaba por nuestro trabajo. Su asidua presencia en nuestras charlas, exposiciones, recitales y proyecciones, así como su disposición para cooperarnos sin reservas en todas nuestras iniciativas, evidenciaban su auténtico compromiso con las raíces culturales de nuestro pueblo. Compromiso real, de alma, de médula, de corazón.

Con el paso del tiempo se dieron las circunstancias para que estableciera con ella un acercamiento más estrecho y personal. Pude constatar, entonces, la enorme riqueza de esta mujer mayor: su clara inteligencia, su amplio criterio, su avidez de conocimientos, su poderoso sentido comunitario, su humanismo, la fuerza de su identidad y su consecuencia con los férreos valores que recibiera siendo niña, en el seno de su comunidad mapuche, en el corazón de la Araucanía. Estos valores han estado siempre en la praxis cotidiana de su existir, y constituyen el alma y la columna vertebral de su vida y de la familia que construyó.

El trabajo que aquí presento recoge memorias y relatos que proceden del universo en el que la señora Guillermina se nutrió durante la primera etapa de su vida. En estas páginas resumo tres años de encuentros, (1997 - 2000), en los que, transportada por la fuerza de su palabra y la potencia de sus evocaciones, tuve el privilegio de remontarme en el tiempo y en el espacio, para asistir con ella a la reconstrucción del reino perdido de su infancia. De allí emanan estos mundos poblados de humanidades y vivencias que su memoria salvó del naufragio del olvido. Y es que la memoria funciona así, seleccionando lo significativo y desechando lo trivial. Por eso, los ríos, las montañas, los seres y personas, los bosques y aconteceres que aquí palpitan tienen vida y tienen alma, porque pertenecen a universos incomparablemente más ricos y cargados de sentido, que el mundo material y tangible en el que nosotros vivimos la "vida real". En ellos, los recuerdos transitan por el camino donde dialogan permanentemente la realidad y la fantasía, la vigilia y el sueño, y al evocarlos, la memoria nos los devuelve en clave poética.

Invito al lector a encontrar esas claves para adentrarse en este mundo fascinante de mito, realidad y poesía, en este paraíso perdido, en estas memorias que nos recuerdan que, en una realidad más rica y plena, "las cosas no son como las vemos, sino como las recordamos".

*MONGEN
"NEYÜKEN
TAÑI MAPU ÑI ELLKA KÜRÜF
PEWMAKEN
TA LIF KA ÑAM TXAYKEN MEW;
TXEKAKEN
KUYFI PURUN ÑI WELLGIN MEW;
MOGELEKEN TÜFACHI TXAF ANTÜ
FILLANTÜ ÑI MÜLLEN MEW."*

Jacqueline Caniguán

("He respirado
aire sagrado de mi tierra;
he soñado
en la cascada pura y perdida;
he caminado
en el sitio de bailes antiguos,
he vivido en estas horas
todos los días de mi vida.")

PRIMERA PARTE: MIS RAÍCES

MI PADRE

Mi padre se llamaba Ignacio Quintupil Quintriqueo y nació a fines del siglo XIX en Huichahue, lugar que en tiempos pasados fue testigo, como lo sugiere su nombre, de salvajes batallas entre mapuches y españoles.

Nunca he dudado de que era un ser especial, un personaje. No es una persona común y corriente la que ha sido dotada de tantos talentos y que recibió, ya en su infancia, apoyo de espíritus superiores y revelaciones de lo que sería su vida.

-Mire, hija, -me decía-, yo nací después que mi madre había sufrido la muerte de siete hijos. No lo supe hasta los cinco o seis años, cuando tuve un sueño, o más bien una visión. Estaba yo jugando en una era y de repente aparecieron dos señoras. Una venía del lado pehuenche, de Villarrica. La otra apareció por el norte, lado picunche. La de Villarrica era una mujer alta, delgada y montaba una mula. Un manto rojo envolvía todo su cuerpo y tapaba gran parte de su cara. La picunche venía caminando. Era una mujer mapuche de mediana contextura y vestía a la usanza antigua mapuche: un rebozo negro en el que se destacaba su rica y abundante joyería de plata. Llevaba en una mano una varilla de mimbre y en la otra, un libro pequeño de tapas negras y letras doradas.

Cuando estaban junto a mí, se enfrentaron. Habló la mujer picunche con firmeza:

-"Vienes a buscar a este niño, pero no te lo llevarás; a éste no. Tú ya te has comido a siete, pero éste se quedará aquí y vivirá ochenta y dos años."

Luego levantó el pequeño libro negro y un cuchillo y los mostró a la mujer de Villarrica:

-"Este libro seguirá y este cuchillo lo defenderá toda su vida."

Luego, con la varilla en alto y actitud amenazante, avanzó hacia la mujer del rebozo rojo:

-"Te lo advierto; no tienes nada que hacer aquí. ¡Ándate!"

Sin decir ni una sola palabra, sin hacer un gesto, la mujer se alejó al paso lento de su mula en dirección al volcán, por el mismo camino que la había traído.

Entonces la defensora oró. Pidió primero la presencia de dos coronas en el cielo, el Padre Dios y la Madre Dios. Después imploró que siempre me protegieran del Mal que yo habría de encontrar en el camino de mi vida. Al concluir me entregó el cuchillo:

-"Toma, esto y la oración serán tus defensas en todas las situaciones en que te enfrentes al peligro, la maldad o la muerte. Por eso aprenderás a orar. Todos los días te levantarás al alba y, antes de que raye el sol, irás hasta un lugar solitario. Allí harás tus oraciones frente a la Naturaleza."

Así es como recibió mi padre el bien de la oración en ese sueño que siempre trató de interpretar. Y aunque más adelante vivió y se educó fuera de su reducción, entre sacerdotes y gente ajena a nuestra cultura mapuche, siempre mantuvo la costumbre indígena de

comunicarse con Dios, no en un templo, sino en contacto con las obras creadas por Él: las vertientes, los árboles, el viento, la lluvia, la montaña.

- "Ahí está Dios, hija; ahí se refleja. Ése es su único templo", -me decía.

Años después, estando interno en la Misión Boroa, cuando ya sabía leer y conocía la lengua española, volvió a ver en manos de los frailes el mismo libro pequeño de tapas negras y letras doradas que llevaba la mujer mapuche en aquel sueño de su infancia: era el Nuevo Testamento.

Más profundo fue su convencimiento de que, aquel sueño de su niñez había sido un mensaje divino. Tan seguro estaba de eso que, cuando se sentía enfermo, decía:

- "No se preocupe, hija; yo no voy a morir todavía. No me muero antes de los ochenta y dos años".

Dejó este mundo seis meses antes que se cumpliera su plazo. Su muerte se adelantó porque lo operaron. De no haber sido así, estoy segura de que los habría cumplido.

Mi papá era el hijo mayor de la familia; el primero que se crió después de la muerte sucesiva de sus siete hermanos mayores.

Su madre, a pesar del apellido que llevaba, Quintriqueo, no era mapuche. Era una "cautiva" que se crió desde pequeñita en la reducción y que fue educada dentro del mundo de nuestra cultura indígena.

Situaciones como éstas se repitieron mucho durante los largos años de la guerra. Los españoles, los huincas, raptaban gente mapuche y la convertían en servidores y esclavos. Jamás los educaron para ayudarlos a desarrollarse como personas de valor.

Así también, los mapuches tomaban como parte de su botín, niñas y mujeres blancas, las que eran muy apreciadas por nuestra gente.

Cuando eso ocurría, un personaje mayor y de respeto en la comunidad, cacique o lonco, se hacía responsable de la crianza de la niña hasta que se hiciera mujer. Se le enseñaba el idioma y todas las costumbres. Recién cuando ya era una señorita y tenía la preparación necesaria para convertirse en buena esposa, se la entregaban a un joven importante, que habría de ser su esposo.

Mis bisabuelos habían participado en las viejas guerras, pero mi abuelo, no. Era pequeño cuando capturaron a la cautiva. Él, ella y muchos otros niños crecieron juntos en la comunidad.

Los antecedentes de esa niña se perdieron en el pasado. Ella nada recordaba. Ni siquiera sabía cuál fue su nombre original ni a qué familia o raza había pertenecido. Hay que recordar que a esas tierras no sólo llegaron españoles. También lo hicieron alemanes, ingleses y otros. Hubo una gran mezcla de sangres.

Desde que convivió con mi pueblo, mi abuela llevó el nombre de la familia que la crió: Quintriqueo.

Era una mujer bonita: alta, delgada, de piel muy blanca y ojos celestes. Mi abuelo la celó toda su vida.

Recuerdo haberla visto una sola vez. Ya estaba enferma y mi padre fue a buscarla en carreta. Poco después murió. Tengo la imagen de mi papá llorando y yo no entendía por qué. Era muy chica y para mí ella era simplemente "la flaca", con la que, dado el escaso contacto que tuvimos, no pude crear lazos de afecto. La relación de ella con mi madre y mi familia no había sido buena.

Mi papá era un hombre educado. Vivió sus primeros años en el campo, en la tierra de sus padres, y allí realizaba todas las tareas que se encomiendan a los niños campesinos. Pero su destino cambió a partir de un hecho inesperado. Mi papá lo narraba así:

- "Estaba pastoreando las ovejas cuando pasó por aquel lugar un tío lejano. Venía cansado y con mucho calor, por lo que se sentó a la sombra de un gran árbol.

De pronto, mi tío sacó unas hojas grandes de papel y, mientras las miraba, hablaba en voz alta.

Muy sorprendido me acerqué para observarlo y le pregunté:

-Tío, ¿usted puede conversar con esos papeles?

-Sí, hijo. Todos pueden conversar con los papeles. Esto es un diario; aquí cuentan las noticias. Lo que yo estoy haciendo se llama "leer".

Me pareció algo del otro mundo.

-¿Dónde se aprende eso?, le pregunté.

-En una escuela. Si hubiera una escuela por aquí, usted iría y aprendería a leer.

Ahí hay profesores que enseñan las letras, y usted podría conversar con los papeles que hablan."

Aquello no se le olvidó y su determinación de aprender a leer quedó dando vueltas en su inquieta cabecita.

Por esos años había llegado a esa zona un grupo de misioneros capuchinos, unos frailes que venían emigrando de Alemania. Se establecieron en esas tierras y empezaron a trabajar para fundar un colegio que diera educación gratuita a niños mapuches.

Las familias del lugar les fueron regalando una, dos, tres cuerdas de terreno, según sus posibilidades. Ese fue el origen de lo que hoy es la enorme Misión Boroa que, además de colegio, incluye trabajo agrícola, lechería, pollería, panadería, carnicería, colmenar, todo ...

Por esos días se hablaba mucho de lo que estaba ocurriendo en Boroa, y como los deseos de mi padre de ir a la escuela y aprender a leer se mantenían vivos, entendió que había llegado su oportunidad.

Temiendo la negativa de sus padres y sin comunicarle a nadie, se fue de su casa; se arrancó.

No conocía el camino, pero a medida que avanzaba se fue orientando con los datos que le aportaban las personas que transitaban por aquellos boscosos lugares. Caminó y caminó.

Caminó horas cruzando tupidas montañas a "patita pelada", como era lo habitual entre los habitantes de esas regiones.

Por fin llegó a Boroa: ahí estaba la Misión. Temeroso, sin atreverse a llamar, se acercó para mirar entre las rejas. De pronto apareció un cura alemán. Vio a ese niño mapuche asustado, cansado, descalzo, vistiendo la chiripa con la que por entonces se cubrían los varones de su raza.

Ni el fraile ni el niño hablaban español; menos aún podían entenderse en alemán o mapudungún. Eran de dos mundos, de dos razas diferentes, pero estaban ahí, frente a frente, ansiosos por comunicarse.

Con mucho tino el religioso intentó ganarse la confianza de ese muchachito que lo miraba desde afuera, como un ciervito asustado. Con señas lo invitó a acercarse.

Pronto llegó en su auxilio el cura Alcapán, un joven mapuche que había seguido la vida religiosa y que servía de intérprete. Cuando se enteró de lo que mi padre deseaba, lo tomó de la mano y lo ingresó al recinto.

Mientras recorrían las diversas dependencias, el niño se fue calmando y se dio cuenta que había entrado en otro mundo. Él no conocía más casa que la ruca en la que vivía con sus padres. Todas esas piezas, esos camarotes, esas galerías, esa capilla, lo dejaron atónito.

Después del baño le pusieron ropita nueva, le entregaron sus elementos personales de higiene y lo llevaron a comer.

Al día siguiente recibió lápices, cuadernos y el silabario, ese libro maravilloso con el que iniciaría la conversación que tanto había esperado.

Sus compañeros, todos jovencitos mapuches de once, doce, trece, catorce años, lo ayudaron a adaptarse a esa nueva vida... Le explicaron las normas y deberes, lo apoyaron en el aprendizaje de las materias y, muy especialmente, de la nueva lengua, la española, tan extraña y diferente a la que hasta entonces le había permitido adentrarse y expresar el alma de su universo mapuche

En ese internado que por aquellos años no daba vacaciones, mi papá aprendió, además del español, muchas palabras en alemán. También recibió múltiples conocimientos que después le sirvieron para su variado desempeño laboral.

Aprobó todos sus cursos y siempre recordó aquella etapa de su vida con satisfacción y agrado. Refiriéndose a los misioneros decía:

"Eran exigentes. A veces duros y con un sistema casi militar. La enseñanza era muy buena. Estudiábamos toda la mañana y en la tarde, como ya éramos hombrecitos, trabajábamos en las diferentes actividades que se realizan dentro de la Misión. Nada era regalado; el pan había que ganárselo."

Por aquellos años, la gente mapuche tenía justificado terror a los militares. Para ellos significaban balas, violencia, despojo, muerte.

Cuando mi padre se fue a Santiago para hacer el Servicio Militar, mi abuela sintió que se le venía encima una terrible tragedia. La pobre señora lloró y lloró. El tren estaba por partir y ella seguía llorando y rogándole que se quedara. Mi papá, como tenía otra formación, veía las cosas de manera diferente. Viajó para cumplir su compromiso y allí desarrolló una etapa importante de su educación y desarrollo personal.

Muy pocos eran los jóvenes educados que llegaban por entonces a la Milicia, menos aún si eran mapuches. Tal vez por esa misma razón, y por su afán de aprender y superarse, se destacó de inmediato. Su desempeño fue considerado excelente; no en vano había tenido una formación tan rigurosa.

Pronto lo transfirieron a las oficinas y se especializó como telegrafista. Con el tiempo le ofrecieron un contrato, pero no aceptó. En el sur, en Huichahue estaba la familia. Como hijo y hermano mayor sintió la obligación de volver a ayudarlos. Además, su bonita madre seguía sufriendo por los enconados celos de su marido.

- "De no haber sido por la familia, no habría vuelto" -decía al recordar esa etapa de su vida. Pero regresó y se integró completa y activamente a la vida de nuestra comunidad. Siempre digo que mi padre era "mentolatun": hacía de todo. Nada le quedaba grande, pero en lo que más se especializó fue en la construcción de casas. Le decían:

- "Don Ignacio, aquella casa me gusta. Quiero que me haga una igual." Iba allá, observaba y dibujaba un boceto. Más tarde hacía cálculos y los planos.

- "Así va a quedar", decía al cliente. Y así quedaba.

En la zona hizo numerosas construcciones. Algunas todavía permanecen, como es el caso de la antigua iglesia de Misión Boroa, que es obra suya y de la que aún quedan restos.

También era conocido por su habilidad para medicinar animales. A menudo solicitaban sus servicios para "componer" o capar las bestias, lo cual es una técnica difícil: mano precisa y ejecución rápida. Los más delicados son los caballos, pero mi papá los sabía tratar. Preparaba remedios desinfectantes y los hacía beber grandes cantidades de infusiones de sauce y de corteza de membrillo.

A veces llegaba a los campos una terrible epidemia que acababa con los rebaños: la picá.

Desesperados los campesinos veían cómo sus animales, lindos bueyes, vacas gordas, caían fulminadas por el mal.

Cuando todavía era tiempo, mi papá trataba las bestias. Abría esas pústulas, con sus propias manos sacaba toda esa materia, lavaba con salmuera y volvía a cerrar. Después quemaba todo aquello y él mismo se desinfectaba con sal.

- ¡Tantas cosas que sabía hacer mi padre! ¡Tantos talentos que tenía! Nunca terminaré de admirarlo por su inteligencia, su sabiduría, su cultura y laboriosidad.

Era un hombre tan dotado y especial que podía presentir el peligro con una claridad y certeza admirable. No temía al Mal.

- "A mí no puede hacerme daño -aseguraba. Yo también tengo un espíritu fuerte y las dos defensas que recibí en la visión de mi niñez, mi oración y mi daga, mis armas poderosas."

Por eso, cuando intuía que se aproximaba el peligro, de inmediato se preparaba para orar. Al rayar el sol se dirigía al río o a la cascada de tres saltos y hacía largas rogativas con profunda devoción.

Cuando llegó el momento de morir, en el sueño de la agonía me pedía su arma.

- "Hija, he perdido mi arma. La busco y no aparece. ¿Estaré por morir? ¿Estará cumpliéndose mi tiempo?"

Así era mi padre. Lo he llevado en mi corazón toda mi vida por tanta cosa buena que hizo, por sus relatos, por sus enseñanzas, por su palabra verdadera cuando decía, por ejemplo:

- "Hija, hay un Dios ... No lo vemos nosotros, pero Él hizo esta tierra que es de todos. De esta madre brotamos y a ella volveremos. La madre se abre de nuevo para recibir lo que dio".

La Madre Tierra recibió a mi padre el año 1972, casi al cumplirse el plazo que le vaticinara aquella mujer picunche en el lejano sueño de su infancia.

MI MADRE

Mi madre se llamaba Colmei Melipil y la recuerdo como una mujer de carácter apacible y sereno. Movidada por su enorme capacidad de comprensión, su paciencia, su altruismo, perdonaba situaciones, para mí, intolerables. Ante mis reproches contestaba:

- "Hay que perdonar, hija. Así es la gente."

Y, naturalmente, siempre había alguien dispuesto a aprovecharse de tanta bondad. Sin embargo, y pese a lo diferente de nuestros caracteres, nos entendíamos en perfecta armonía.

Pero su dulzura nunca fue un obstáculo para que criara y educara con increíble firmeza, y prácticamente sola, una parvada de nueve chiquillos. Mi padre estaba casi siempre lejos, trabajando para la mantención de la familia y, aunque no éramos muchachos difíciles ni rebeldes, la tarea de desempeñarse como padre y madre de tantas criaturas exigía mucho esfuerzo y energía.

Era una trabajadora incansable y dirigía todas las faenas: en tal fecha hay que abrir la tierra; en esta otra, sembrar; tal día, esquilar.

Los trabajos del campo jamás terminan; los del hogar, tampoco. Pero ahí estaba ella sacando adelante todo y multiplicándose para ir a recoger leña, traer el agua, hacer el pan, tostar y moler el trigo, pelar el mote, cocinar, hilar, tejer...

El sólo proceso del telar es muy largo. Mi mamá siempre tenía unas quince o veinte ovejas. Las esquilaban en noviembre, cuando ya se sienten los calorcitos que anuncian el verano.

Mi madre, mis hermanos, y mi padre cuando estaba, maneaban las ovejas y cortaban el vellón a partir del pechito. Con mano muy diestra lo sacaban entero y luego procedían a lavarlo en agua calentada a una temperatura precisa. Así la grasa, el beri, sale por completo y no se adhiere a la lana, en cuyo caso hay que botarla, pues queda inservible.

Mi mamá era experta en todo ese proceso. Tiraba los vellones a una gran artesa, los paleteaba con fuerza, enjuagaba en otro tiesto y luego los llevaba al estero donde se les daba el último lavado. Ya seca la lana, la limpiaba a varillazos, luego la escarmenaba y hacía grandes ovillos que se guardaban en canastos esperando el momento de ser hilados, tarea que se realizaba generalmente en las noches o después de almuerzo. Hilados de una hebra, para las chombas y chalecos; hilados de dos hebras torcidas, para las frazadas y las mantas. Era interminable la tarea de mantener a un marido y a nueve hijos cálidamente abrigados en los crudos inviernos de la Araucanía.

Buena parte del tiempo se le iba en alimentarnos: trigo cocido y molido a piedra para hacer los miltrines o catutos que, aliñados con merquén o dorados en el sartén con el concho molido de los chicharrones, se comían como pan. Las papas asadas al rescoldo y

condimentadas también con chicharrones; la harina tostada para el ulpo o para beberla con el agua del estero; las sabrosas bolitas preparadas con harina de cebada y concho de chicharrones; los estofados, las grandes ollas de cazuelas y legumbres ... Y, por supuesto, asegurar el alimento para tanta boca obligaba a preocuparse de las siembras, las cosechas, los animales. En ese mundo las familias actuaban como empresas donde todos, los niños también, cooperaban en la medida de sus fuerzas. Ahora pienso que por eso tal vez éramos más maduros y sabíamos apreciar lo que se había obtenido con tanto esfuerzo.

A pesar de su carácter suave y reservado, a pesar de sus grandes cualidades como madre y esposa, su suegra nunca la quiso. Mi abuela estaba muy orgullosa de su hijo y, en su egoísmo, no encontraba mujer digna de él. Pero mi mamá, con su santa paciencia, le perdonó actitudes tan reprobables como aquella cuando intentó pagar a una experta en brujería para que le dejara caer un daño. Según testimonio de la propia mujer, ella se negó a hacerlo por razones de afecto y respeto hacia mi madre, y le devolvió los elementos que le habían sustraído para hacer el "trabajo" (flecós de su rebozo nuevo y una de las cintas de sus trenzas).

No hizo nada, ni siquiera se lo dijo a mi padre para no crear un conflicto y por consideración al gran cariño que él sentía por su mamá.

Pero si milagrosamente escapó de esa acción, no tuvo la misma suerte con respecto a aquella fuerza maligna, aquel espíritu del Mal, que a veces se encarna y otras veces, las más, vaga libre y suelto por las tierras de Huichahue.

La historia la conocí cuando la relataban mis padres, pues los hechos ocurrieron antes de que yo naciera.

Mi mamá era muy joven y hacía poco tiempo que estaba casada. Sólo tenía un niño que ya caminaba y una guagua, Pascual, que no se crió.

Como a menudo ocurría, ella estaba sola. Ya era tarde cuando se dio cuenta de que faltaba agua. Tomó un tiesto y se dirigió al chorro que pasaba más o menos cerca de la casa. La noche estaba clarita y el cielo, cuajado de estrellas. Se paró en el tablón que atravesaba el chorrillo y al inclinarse para llenar el balde sintió que la empujaban y como que le enterraban un dedo índice en las costillas.

Le sobrevino un fuerte vahído y cuando se recuperó no le dio ninguna importancia a lo ocurrido. Era muy joven aún y le faltaba sabiduría. Pero el Cholo, un gran perro negro que tenía una palita blanca, su guardián y compañero, se ponía más y más inquieto a medida que pasaba el tiempo. Daba vueltas alrededor de la ruca como desesperado y ladraba, ladraba y ladraba.

Mi madre se levantó varias veces para tranquilizarlo:

- ¿Qué es lo que tenís, Cholo? ¡Quédate tranquilo, caramba!

Pero el Cholo no se calmaba. Levantaba la cabeza y gruñía como si en esa clarísima noche de luna llena, viera algo extraño que no estaba al alcance de ella.

Mi madre intentaba descubrir alguna silueta, alguna sombra sospechosa. Nada; todo parecía normal. Volvió a su cama y poco después el sueño la venció a ella y al Cholo.

En esa época no había por allá relojes, pero ya era avanzada la noche cuando despertó. Sintió el cuerpo pinchado por miles de agujas. El dolor y los malestares eran terribles y le impedían el más mínimo movimiento. Estaba grave, gravísima; en realidad, estaba muriendo. Trató de arrastrarse para llegar a la cama de sus guaguas que lloraban. No pudo. Mi madre moría a pocos metros de sus hijos y le era imposible pedir ayuda.

Como a las nueve de la mañana pasó por allí el hermano menor de mi papá. Le llamó la atención que los animales aún estuvieran encerrados y que no saliera humo de la ruca. Entró y quedó pasmado ante el terrible espectáculo. Corrió a su casa:

-Mamá, la Colmei está muy enferma; no puede moverse. Las guaguas están con sus paños sucios y lloran de hambre ...

La viejita partió como un rayo.

-¿Qué hiciste, niña?

A duras penas mi mamá trató de explicar lo ocurrido.

-¡Hay, Dios mío, éste tiene que ser un mal! Pesca el caballo y anda a buscar a Ignacio, ordenó a mi tío.

Al verla, mi padre comprendió la gravedad de la situación. Empaquetó la ropa que la enferma tenía en contacto con el cuerpo, cambió de caballo y partió al galope a la casa de la machi Guillermina Luisa, famosa en la comunidad por las extraordinarias curaciones que hacía a través de sus machitunes.

La casa de la machi estaba muy distante y el camino era pésimo. La bestia corrió sin parar, pero sólo llegaron a destino entrando la tarde.

La mujer escuchó al caballo y se asomó a la puerta de la ruca:

- ¡Ay, Ignacio, algo malo traes tú!

Cuando supo de qué se trataba dejó todo de lado y se puso a preparar los remedios, mientras oraba sin cesar. En seguida puso la ropa de la enferma en el suelo y tocando el cultrún, dio varias vueltas alrededor de ella, al tiempo que exigía al causante del daño que se retirara. Después ordenó a su propio espíritu que se hiciera presente en la casa de la víctima para que la protegiera de aquella fuerza maligna:

-Tú tienes que ir -le dijo a su espíritu-, por el mismo camino que vino pisando el caballo; tienes que seguir su rastro y llegar a la ruca de donde la bestia partió, porque ahí está la enferma.

En seguida le dio todas las instrucciones a mi padre:

-Lo que le pasa a tu señora es muy grave. Te vas altiro, aunque te pille la noche. En tanto llegues a tu casa me bañas a la enferma con este remedio; este otro se lo das a tomar. Después me la acuestas sobre la tierra, frente a la puerta de la ruca. Por encima de la cabeza, de lado a lado, le pones un arco de quilas y luego, plantas unas ramas de canelo

directamente en la tierra a los pies y a la cabeza de tu mujer. Y tú no te me mueves de su lado. Si puedes orar, mejor. Allí estará mi espíritu también, cuidándola.

Si ella pasa el día y empieza como a calmarse y a refrescarse, ven a buscarme. Y ahora, ándate rápido.

Mi papá me contaba que galopó toda la noche. A ratitos hacía descansar a su caballo y luego reiniciaba su desesperada carrera contra el tiempo.

Amanecía cuando llegó. Mi madre estaba peor y de inmediato le aplicaron el tratamiento que ordenó la machi Guillermina.

Pasaban las horas. Al amanecer del día siguiente la enferma salió de su sueño profundo. Veía todo nublado y había perdido por completo la noción del tiempo. Mi papá preparó viaje otra vez, y llevó un caballo para traer a la machi. Mientras tanto, en la comunidad todos se organizaban para el machitún.

El rito se hizo en la noche. La machi oró, cantó y bailó alrededor de la enferma, tocando el cultrún. A ratos salía sola, con su lazo de quilín de caballo, un cuchillo y ramas de canelo. Caminaba en torno a la ruca retando a los espíritus malignos en un lenguaje desconocido. Mientras tanto, dentro de nuestra ruca, los ayudantes tocaban los cultrunes sin cesar.

Mi madre se recuperó completamente y lazos de gratitud y amistad unieron por siempre a ella y a mi padre con la machi Guillermina. Esos sentimientos fueron más profundos cuando, al nacer yo, se hicieron compadres. Por eso, y en honor a ella, llevo su nombre.

Como cuento más adelante, la machi tenía anunciado su trágico fin. Ella lo sabía y lo aceptaba. Una sola cosa la hacía sufrir: que se iría en mala forma de este mundo dejando desvalido al único hijo que tuvo, un niño enfermo y sin inteligencia. Cuando pensaba en eso, lloraba:

-Comadre, -le decía a mi mamá-, cuando yo esté muerta y mi hijo pase por aquí, hácele una manta.

Y mi madre cumplió sagradamente su compromiso.

La pérdida de la madre es terrible. Uno cree que está preparado; es mentira. Se caen todos los huesos; uno se siente como saco vacío.

Mi madre era una mujer tan querida, era tan especial mi mamá, que la sola idea de su muerte me resultaba insoportable. Por eso no quise darle importancia a sus palabras cuando, algunos años antes de morir, ella creyó tener una premonición de su partida. Íbamos caminando tranquilamente por el campo. Era un caminito angosto, una huella de carreta. De repente, no sé de dónde, porque no había maleza, apareció una culebra. Reptó velozmente y pasó entre mi madre y yo.

La reacción de ella fue instantánea y sorprendente. Se detuvo y me apretó con fuerza. En su mirada, en su cara y en toda su actitud había mucha angustia.

-Mamá, ... es solamente una culebra ... ¿Te asustó?. Sin soltarme, respondió:

-Hija, ésta es muy mala señal.

-Cosas no más; no puedes creer esas leseras.

Pero ella no se tranquilizaba.

-Es mala seña, hija. La culebra nos separó: eso es la muerte. Morirás tú o moriré yo. Una de las dos va a morir.

Yo no quería dejarme influir por sus palabras, pero no pude evitarlo ... ¿Y si resultaba cierto?

Desde entonces sus desórdenes de salud se hicieron críticos. La traje a Concepción y el doctor Fuentealba que la examinó en aquellos años, diagnosticó que su hígado y su corazón estaban sanos. No encontró el origen de su mal.

Sobrevivió un tiempo más con los tratamientos de una machi. Tres años después del incidente del camino, mi madre nos dejó.

Murió en 1966, y nunca supimos con exactitud qué edad tenía. Por allá, en ese tiempo, no habían registros; no existíamos. Algunos años después la siguió mi padre, ambos tan queridos y respetados porque, pese a las dificultades de la vida, sacaron adelante su tarea respetando los valores de su cultura mapuche. Son los valores que sus hijos hemos heredado.

LA FAMILIA QUINTUPIL MELIPIL

Mis padres se conocían desde la infancia: ambos eran de Huichahue.

Como he contado, mi papá se fue tempranamente de la comunidad y cuando regresó, después de su estadía en Santiago, inició con mi madre un pololeo combatido a muerte por ambas familias, las que se negaron de manera rotunda a recibirlos para formalizar la relación.

El problema parecía insoluble, pero mi padre era hombre de decisiones.

Era época de siembra de habas. Mi mamá ayudaba a su padre en el trabajo. El sol ya empezaba a bajar y mi abuelo ordenó:

-Váyase a la casa, hija. Haga fuego y espéreme con tortilla.

Mi padre la estaba esperando en el camino. Quería definir la situación y esperaba el consentimiento de ella. La conversación se dilataba y mi madre, muy joven y muy tímida, no se resolvía a tomar una determinación que los enfrentaría a ambas familias.

De pronto, en una de las vueltas del camino, vieron venir la carreta en que regresaba mi abuelo.

-Ahí viene mi papá ..., ¿qué voy a hacer ahora? -dijo, muy asustada

Te vas conmigo. Tengo una tía en Molonhue. Su casa es respetable. Te quedarás con ella hasta que todo esté arreglado.

El matrimonio aceptó la responsabilidad y, como debía ser, se encargó de dar los avisos correspondientes a las familias de los jóvenes.

El tío se presentó en la casa de mis abuelos paternos:

-El hijo de ustedes, Ignacio, se va a casar con la Colmei Melipil. Ahora, ustedes tienen que comunicarlo.

Los viejos explotaron:

-No lo acepto; mi hijo es muy valioso. Esa mocosa no se lo merece; no es capaz de hacerse cargo de él.

Tampoco tuvo más éxito la tía que habló con los padres de la novia. Ante estos hechos, mi padre envió un segundo mensaje:

-Sepan que yo quiero hacer bien las cosas. Pido que me reciban mañana o me mando a cambiar a Santiago y me llevo a la Colmei. No quiero peleas con mis padres ni con la familia de mi novia. Me voy.

Estuvo a punto de hacerlo. En Santiago había quedado abierta la invitación para que regresara y reasumiera su trabajo de telegrafista.

No le quedó más alternativa a los viejos. En una reunión, a regañadientes, aceptaron el matrimonio, pero jamás se conformaron

El primer tiempo de matrimonio fue muy difícil para mi mamá. Era muy jovencita y mi padre con frecuencia estaba quince días, un mes ausente. Así era su trabajo. Además, tenía que aceptar el trato áspero de sus suegros, con los cuales vivía. Tampoco podía regresar a la casa paterna: no la habían perdonado aún.

Poco después mi papá construyó la gran ruca que fue la casa de mi infancia, y el lugar donde crecieron los nueve hijos que se criaron de don Ignacio Quintupil y de doña Colmei Melipil, "Cornelia", como la empezó a llamar mi padre para facilitarle la fonética a los chilenos que no podían pronunciar correctamente el nombre de su mujer.

Yo nací en esa ruca y la mayor parte de mis recuerdos más queridos están ligados a ella.

Mi padre, que era un gran constructor, la hizo para una familia numerosa. Tenía ocho metros de ancho por doce de largo.

La ruca era una estancia con pocas divisiones. El dormitorio de los padres era privado. El resto del espacio se repartía entre el dormitorio de los hijos, el lugar de las herramientas, la cocina de fogón. El humo salía por una especie de tragaluz con tiraje. Ahí también estaban, colgadas y ahumándose, las ristras de cebollas, de ajos, de ajíes ...

El granero estaba dentro de la ruca y era enorme: treinta sacos de trigo, otros tantos de papas. Lo que no cabía dentro de la casa se guardaba en el galpón.

Toda la armazón de nuestra ruca estaba hecha con palos de canelo. El techo se hacía con grandes atados de paja ratonera que se amarraban con boqui. Era un trabajo tan minucioso que jamás se filtraba por allí ni una gota, pese a los tremendos aguaceros de esa zona, porque el humo del fogón producía un alquitrán que, mezclado con la paja, formaba una masa compacta e impermeable. Treinta años duraba un techo así.

Esa fue la ruca que construyó mi padre para su larga prole, y en torno a ella vivimos nuestra infancia tan plena y feliz.

Mi padre tenía dos esposas. Era una costumbre que venía de muy antiguo. Mi papá me contó que fue un acuerdo que hicieron los caciques cuando la población masculina fue mermando peligrosamente a causa de las guerras. Según eso, varias mujeres podían casarse con un mismo hombre y procrear. Todas ellas y sus hijos tenían socialmente la misma importancia y el mismo valor.

La primera esposa de mi padre se llamaba Angela. Era una señora que enviudó joven y quedó con un solo hijo.

Ella vivía en su ruca y en su propio terreno.

Mi padre hizo con ella un matrimonio casi de compromiso, pero a los nueve hijos que tuvo de esa unión les dio la misma protección que a los que tuvo con mi mamá.

Las relaciones entre ellas eran excelentes. La señora Angela venía a visitarnos. Tomaba mate con mi mamá y conversaban muy amigables largo rato. Jamás las vi discutir ni recriminarse por las atenciones de mi papá hacia una u otra familia.

Entre los chiquillos, los medio hermanos, las relaciones eran igualmente armoniosas. Cuando había cosechas en mi casa o en la otra, todos cooperábamos. Si se mataba un chancho grande, gordo, las dos familias compartían.

No existían rivalidades porque las dos familias recibíamos la misma atención y protección de nuestro padre. En verdad, en ese tiempo nunca conocí un mapuche que abandonara y dejara desprotegida a su familia.

Cuando yo era muchacha y vivía en Huichahue, esas actitudes no me llamaban la atención. Yo entendía que no podía haber otro comportamiento entre las personas.

En el mundo en que yo me crié no existía la ley escrita; no era importante. Era la "palabra" lo que valía: la palabra era sagrada.

A los diecisiete años me vine a Concepción y comprendí que acá todo era muy diferente. Si no hay un documento, si no hay un papel firmado, pueden dejar a una persona en la calle, y sin ningún remordimiento.

Pero Huichahue también ha cambiado. Llegó gente de malas costumbres y empezaron los robos. No faltaba el dueño de fundo que ordenaba a sus peones:

-Vayan donde los indios y sáquenles un buey no más.

Felizmente algunos valores importantes aún se conservan.

Hace cinco años estuve en Huichahue. Mi hermano Marcelino fue el primero en cosechar. Llenó su granero con unos veinticinco sacos de trigo. A los vecinos se les había terminado las reservas del año.

-Oye, Marcelino, no me queda harina; préstame dos sacos de trigo. Cuando coseche te los devuelvo.

Pedían de a uno, de a dos, de a tres. El trabajo del año se fue entero, y así no más.

Cuando se hicieron las cosechas, todos los sacos, uno a uno, volvieron. Y ahí estaba el granero de Marcelino, lleno otra vez, porque esa manera de ser del campesino se mantiene viva aún, gracias a Dios.

MI INFANCIA

Recuerdo mi niñez con alegría. Fueron años lindos, felices, porque los viví dentro de una comunidad y una familia que daban a sus niños toda la seguridad y la formación que necesitaban para convertirse en buenas personas.

Y no es que todo fuera perfecto; también había problemas, pero el niño no se angustia por la pobreza material. Se siente dichoso con cualquier pequeña cosa. Es el cariño, es la familia lo que cuenta. Por eso yo fui feliz en Huichahue, la tierra de mis mayores.

Fuimos trece hermanos, de los cuales se criaron nueve. Yo no era una niñita frágil ni delicada. Mis cuatro hermanos mayores eran varones y yo aprendí a jugar con ellos y, montando a caballo, no me la ganaban tan fácil.

Los niños mapuches trabajaban desde pequeños a la medida de sus fuerzas: cargar leña, cuidar los animales, ir a buscar agua..., tantas labores que son indispensables en el campo. A los doce años ya están arando.

Nunca se consideró que darles esas tareas fuera un abuso. Simplemente era la forma de aprender lo que uno necesita para desarrollar su vida.

A mí me gustaba aprender.

La escuela estaba lejos, a unos tres kilómetros... Me iba tempranito. A "patita pelá" pasaba las aguas y caminaba sobre los hielos que parecían vidrios gruesos. Se me adormecían los pies, pero jugando y corriendo pasaba la molestia.

Por nada del mundo hubiera querido faltar a la escuela; me gustaba mucho. Era buena alumna y tenía excelente relación con la profesora y mis compañeros. Todos me querían.

También era curiosa y me metía en las cosas que hacía mi mamá. Pero los grandes no enseñaban con demasiadas explicaciones; todo era mirar e imitar.

Así aprendí a hilar, y en tanto lo logré, ya quería empezar con el telar. Mi madre tenía uno grande y, minuto que le quedaba libre, lo dedicaba a tejer una frazada, una mantita ... ¡Era tan grande la familia!

Cuando ella salía, yo iba a meterme al telar. ¡Dejaba el desastre! Ocurrió varias veces, hasta que mi mamá, aburrída de deshacer para arreglar su trabajo, tomó una determinación.

-Ya, te mandaré a hacer un telar chico para que aprendas a hilar de una vez por todas. Así me ayudarás. Vas a empezar haciéndole una manta a Hilario (mi hermano menor).

Pocos días después llegó el telar.

-Bueno -me dijo-, ahí lo tienes. No vuelves a la escuela hasta que termines la manta.

-Pero, mamá, está terminando el año y la señorita tiene que prepararnos para los exámenes.

-Ya te dije. Vuelves cuando termines.

Por aquellos años los hijos no discutían las órdenes de los padres. Por lo demás, como el trabajo de mi papá lo ausentaba de la casa la mayor parte del tiempo, mi madre se veía obligada a tener una actitud firme y, a veces, autoritaria, para manejar a tanto chiquillo.

Me puse de cabeza a tejer. No estudiaba, no jugaba, sólo tejía. Pero yo no tenía la habilidad de mi mamá, quién, tejiendo a ratos, sacaba una manta en pocos días. Iluminándome con el chonchón tejía hasta en la noche, pero no me rendía. ¡Qué rabia más grande! ¡Tenía tantas ganas de volver a la escuela!

Llevaba una semana sin levantar cabeza y todavía me faltaba muchísimo. Para mí era una pesadilla la bendita manta.

Mientras tanto, la profesora, muy preocupada, mandaba niños para que consultaran por mí. Cierta día envió una nota. Mi papá, que estaba en la casa, la leyó y dijo a mi madre:

-Colmei, en esta comunicación preguntan por qué no asiste la niña a clases.

-No va porque está haciendo una manta. Ella tiene diez años, vive metiéndose en mis trabajos y ya es tiempo de que aprenda.

Mi padre envió la respuesta. Pocos días después se presentó la profesora y me encontró afanada en el telar. Con mucho respeto preguntó si yo podía reincorporarme a la semana siguiente, para las últimas clases del año.

-Sí, -respondió mi mamá. -Si no termina esta semana, yo le ayudo.

¡Pero la terminé! Se la pusieron a Hilario y partí con él de la mano para la escuela. ¡Qué felicidad! No cabía en mí de satisfacción y alegría.

Cuando llegamos, la señorita nos miraba con asombro y admiración a mí y a mi manta.

En ese tiempo, para cerrar el año escolar se invitaba a una autoridad o persona importante que venía del pueblo con el fin de que presenciara los exámenes. También se montaba una exposición con los trabajos manuales realizados por los niños. Ese año, junto con los bordados, hilados y diversos tipos de tejidos enseñados por la señorita, estaba mi manta, único trabajo a telar.

Siempre había estímulos para los niños que se destacaban. En esa oportunidad yo tuve premio: un libro de cuentos y un gran paquete de pastillas y galletas.

El libro lo leí ligerito y quedó por ahí, pero los dulces ... ¡qué cosa fantástica para una niña campesina, y en una época en que la costumbre de hacer regalos casi ni se conocía por allá!

Jamás sospeché todas las satisfacciones que me daría la mantita de Hilario, mi primer trabajo a telar.

Cuando pienso y repaso mis recuerdos de niña, me parece un cuento. Teníamos el juguete más maravilloso que puede tener una criatura: el bosque.

Ese bosque de mi infancia era una maravilla, un sueño para cualquier niño. Nada queda hoy; todo lo echaron abajo ... Se fue el bosque.

Como éramos tantos hermanos, nunca faltaba el que hacía una proposición, dependiendo cuál fuera la temporada.

- ¿Vamos a buscar maqui?

En un segundo, toda la bulliciosa patota se ponía en marcha.

Los terrenos de mi padre y de mi madre nos proporcionaban gran variedad de frutos silvestres, pero de preferencia nos íbamos a una loma, propiedad de un tío materno. Creo que así debe ser el paraíso. Al alcance de la mano teníamos, con una abundancia inagotable, todas las tentaciones que los bosques sureños podían ofrecer a un montón de chiquillos golosos: coiles, avellanas, murta, nalcas, moras, frutillas, chupones, el fruto del copihue y del boldo, maqui ... Era cosa de tender una manta bajo un árbol, sacudirlo, y en seguida teníamos maqui para llenar un canasto.

Otras veces recolectábamos frutos para la comida. Entonces los canastos se llenaban de changles, gargales, digüeños, chupones, pinatras, callampas ... Sacar y sacar...; aquello no se agotaba nunca.

A la hora de la siesta, en pleno verano, dejábamos los animales a la sombra, subíamos a la loma y, después de comer maqui a destajo, negros como el carbón, nos lanzábamos al estero.

Era un lugar precioso. Unos quince chiquillos revoltosos, saltábamos, gritábamos y nadábamos tal como Dios nos echó al mundo en un gran pozón de aguas fresquitas.

Yo me sorprendo ahora al recordarlo: todo era alegría limpia. Jamás vi a un niño con actitud maliciosa ni avergonzado de su cuerpo. ¡Todo era tan natural, tan sano! El mundo ha cambiado mucho.

Después del trabajo o de la escuela, los niños rodeábamos los animales y luego, nos poníamos a jugar. Aquello era un espectáculo. Tengo grabada la imagen de mi madre apoyada en la puerta de la ruca y riéndose a más no poder al contemplar ese tropel de criaturas, hijos y vecinos, que, como animalitos nuevos saltaban, corrían, chillaban, rodaban y hacían todo tipo de travesuras.

Cuando llegaba la orden de recogerse junto al fogón para comer y descansar, todavía teníamos cuerda para rato.

Por aquellos años yo me lo jugué todo: la tiñita, la pelota, la chueca, los bolos ..., todos los juegos, los que existían y los que inventábamos.

Mi hermano mayor era muy ingenioso y alegre. Recuerdo que para divertirnos formó una orquesta. Él mismo fabricó un trompe, un charango y pitos. Luego le agregamos un cultrún y calabazas con semillas de copihue (huazas). Y cuando empezaba a tocar la orquesta, ¡había que ver al montón de cabros chicos bailando a saltos alrededor del fogón!

Otras veces eran los relatos, los recuerdos, las historias de la familia, las leyendas que nos maravillaban, o los típicos cuentos del zorro, del león o del pudú, que celebrábamos con alegres carcajadas.

Así fue mi niñez, la de mis hermanos, la de mis primos y la de tantas criaturas con las que crecí. Ahora, cuando vuelvo a esos lugares, se me encoge el corazón. ¡Cómo ha cambiado todo! Casi no hay niños. Los jóvenes se van a Santiago; quedan los puros viejos.

Hasta los diecisiete años viví en Huichahue. La pobreza me obligó a partir.

Me vine a Concepción. Decían que aquí se podía encontrar trabajo.

Recuerdo que el primer tiempo de mi llegada fue el más triste que yo había tenido en mi vida. Este era otro mundo, y yo traté de adaptarme como pude a esa gente indiferente, a esas casas extrañas en las que me desempeñé en servicios menores.

Lloraba todas las noches y me consolaba escribiéndole una y otra carta a mi madre. ¡La echaba tanto de menos! De las hijas mujeres, yo era la mayor y habíamos cultivado un lazo muy estrecho entre ambas. Yo era su amiga, su confidente ... Por supuesto, también estaban sus hijos varones, pero como se sabe, los hombres son de la calle.

Sin embargo, no todo fue malo. Aprendí mucho en los lugares donde presté servicios: costura, cocina y tantas cosas que me han sido útiles en la vida, pero considero que mi formación fundamental es enteramente mapuche. Hasta el día de hoy conservo mi lengua, el mapudungun. Yo le enseño a mis hijos y entienden bastante, pero les cuesta la fonética.

Soy una mujer orgullosa de mi origen, orgullosa de mis raíces y de la educación que recibí. Orgullosa de lo que ha sido mi logro más querido: este hogar que construimos con mi esposo, Alejandro, donde nacieron y se formaron nuestros tres hijos. Todos estudiaron y tienen profesiones interesantes: Sonia, Instrumentación Industrial; Samuel, Química Analítica; Marcelo, Diseño Industrial. Pero, por sobre todo, son excelentes hijos y excelentes personas y agradezco a Dios por eso.

SEGUNDA PARTE: LOS RELATOS DE LA FAMILIA QUINTUPIL

HISTORIA DE LA MACHI GUILLERMINA

Las machis ocupan un lugar muy importante en el funcionamiento de las comunidades mapuches. Entre otras ciencias, ellas dominan y son sabias en el arte de la curación de enfermedades. Recuerdo que, muchas veces, los enfermos graves eran trasladados en carreta hasta la casa de la machi. Una, dos semanas solían hospedarse allí para someterse a sus cuidados y tratamientos. En otras circunstancias, ellas se hacían presentes en la casa de los afectados por un mal.

Los que no son mapuches, poco o nada entienden de las machis. Muchas veces las confunden con brujas. Grave error. Jamás en mi vida conocí, ni siquiera una, que estuviera al servicio del mal. Por el contrario, mi experiencia al respecto es que la mujer que desempeña este oficio, que no ha elegido ni pedido, pone en juego todo su poder para ayudar a los que lo necesitan. Ella cumple con un mandato superior a su voluntad, al que no puede restarse, aunque ello signifique su propio sacrificio.

Conocí algunas que sufrieron mucho, pero nada hicieron en su propio beneficio. Alguna vez le preguntamos a la machi Millaray por qué no actuaba contra los que tanto mal le causaban.

- "Yo no tengo poder para hacer daño- nos respondió-; no me está permitido eso. El poder que tengo no lo gobierno yo a mi voluntad. No soy yo la que me uso."

Así, pues, las machis no deben ser temidas. Han recibido un poder superior, mayor o menor según los casos, pero deben ejercerlo a favor de la humanidad.

Por aquellas tierras donde yo me crié hubo numerosas machis, pero la más famosa por su extraordinario poder fue, sin duda, la machi Guillermina.

No recuerdo su imagen porque cuando ella murió yo era muy pequeña, pero fui su ahijada y en homenaje a ella llevo su nombre.

Mi padre y mi madre la conocieron mucho y grande era el afecto, respeto y gratitud que siempre guardaron por ella, ya que se vieron beneficiados con su ayuda en momentos de mucho peligro y angustia. Me contaban ellos que la machi Guillermina anunció su propia muerte. Cuando hablaba de eso, ella lloraba.

-Qué muerte tan tonta la que voy a tener- decía. Vendrán a mi casa y me matarán; un asalto será. Pero nada puedo hacer; tendrá que cumplirse.

Mis padres me narraron la historia de mi madrina desde que yo era niña. Yo los escuchaba maravillada, pues lo hacían con tal viveza y minuciosos detalles que aún hoy me parece haberla conocido. Esto es lo que recuerdo.

Los signos de que sería un ser diferente y especial aparecieron ya en sus primeros días, aunque en ese momento nadie lo comprendió.

- "Este poder tan grande que tengo- decía ella- me tomó cuando yo era guagua."

Así había sido, efectivamente. Su propia madre le contó, años después, que llegaron dos hombres jóvenes a su ruca. La señora jamás los había visto. Dijeron que venían caminando desde muy lejos y, como estaban cansados y sedientos, ella les pidió que entraran y repusieran sus fuerzas, con esa actitud hospitalaria tan propia de nuestros campesinos.

Puso frente a ellos un cántaro con agua fresca y un tiesto con harina tostada. Los hombres se sirvieron. Ya era mediodía y el sol se había parado en la mitad del cielo.

-Somos hermanos-dijo uno de los jóvenes-. Andamos buscando a una hermana.

La señora no entendió aquello, pero como no los conocía, le pareció imprudente averiguar más. Por decir algo contestó:

- ¡Ah, sí! Ojalá la encuentren.

Justo en ese momento se escuchó el llanto de la criatura nacida hacía pocos días.

-¿Qué es esa guagua que está llorando? -inquirió uno de ellos.

-Es niña.

-Niña Ella puede ser nuestra hermana.

Para la joven madre resultaban desconcertantes las palabras de los dos enigmáticos personajes. Interpretó aquello como una broma y, queriendo responder del mismo modo, contestó:

-Sí, pues; a lo mejor es la hermana que buscan.

-"Fue ese momento cuando se produjo la toma de mi espíritu"-, aseguraba años después la machi Guillermina.

Pero la madre no pudo percatarse de ello.

Los jóvenes se despidieron y salieron al camino. En ese mismo instante la mujer pensó -¡Qué extraño! Nunca los vi antes. Estuvieron en mi casa y no me dijeron quiénes eran ni de dónde venían.

Se asomó a la puerta de la ruca para mirarlos alejarse, pero en el único y largo camino del lugar, no vio ni un alma. Habían desaparecido en un dos por tres, como tragados por la tierra.

Pasaron los días y la mujer olvidó lo ocurrido.

La criatura crecía dificultosamente, con serios trastornos de salud, siempre al filo de la muerte. Para empeorar las cosas, su mente parecía estar enajenada. Era como una criatura con el alma y la inteligencia ausentes de este mundo.

La madre decía:

-"Parece que no se me va a criar esta niña."

Buscando ayuda, la llevó a una machi. Después de observarla minuciosamente, la mujer dictaminó:

-Esta niña no es normal porque dentro de ella hay un poder instalado. Con el tiempo ese poder tendrá que manifestarse y ella se revelará como una gran machi.

La madre no podía creerlo. No había otros antecedentes en la familia que permitieran pensar que ese destino se repetiría en su hija.

Pero transcurría el tiempo y la niña, que por entonces ignoraba el episodio de los dos jóvenes que buscaban a su hermana, seguía creciendo con su alma perturbada. Mas, de pronto empezaron los sueños y los trances. En esas circunstancias aparecieron una y otra vez dos grandes perros.

-“Nosotros somos tus dos hermanos” - le decían. Somos espíritus y entramos en ti para que tú puedas desarrollarnos.”

-“Es muy grande el poder que te posee. Serás machi capaz de realizar cosas extraordinarias: sanarás gravísimas enfermedades, sacarás hechicerías, tendrás revelaciones”.

Ante la evidencia de lo que ocurría a la joven, ya nadie pudo dudar. Entonces ella se sometió a la sacrificada y minuciosa preparación que reciben las niñas que deberán ejercer la importante función de machi. Así pudo liberar y dar curso al poder que la llevó a convertirse en una de las machis más extraordinarias que han existido por aquellos lugares.

Se casó, tuvo un solo hijo -Anquilén- y vivió largos años en Tirúa, zona lafkenche. Pero a pesar de la gran reputación de que gozaba, una sombra de tristeza la acompañó siempre: la premonición de lo que sería su muerte. Y esa premonición, decían mis padres, se cumplió hasta en los mínimos detalles que ella había previsto.

Durante su vida había adquirido algunos bienes: su valiosa y abundante joyería de plata, sus prendas de vestir, animales. Vivía bien, pero no era rica ni tenía dinero acumulado, como algunos pensaban.

Cuando sintió que llegaba su hora final, ella se preparó. Envío a su hijo a un lugar alejado y a su marido le pidió que hiciera un roce en la montaña.

Sola en su casa esperó a sus asesinos.

Y llegaron. Eran tres hombres que se presentaron en su ruca requiriendo sus servicios de machi. Los hizo pasar, les preparó comida y les sirvió. Mientras comían, inesperadamente regresó el marido. Traía un hacha en la mano.

-Claudio, -le dijo ella-, ¿por qué no te quedaste otro rato por allá?

Pero ya nada podía cambiar el destino.

Los tres asesinos se abalanzaron sobre ambos y los degollaron con demencial salvajismo.

-¡Qué horrible fue!-, decía mi padre cuando recordaba la tragedia de su querida comadre.

Poco después del crimen, gente que llegó hasta su ruca se encontró con la macabra escena: en el suelo yacían destrozados los cuerpos de la machi Guillermina y su marido.

Se hicieron las investigaciones y muy pronto dieron con los tres hechores. Los detuvieron y los llevaron presos a un pueblo que ya no existe.

Allí confesaron su crimen y esperaron la sentencia.

Pero la condena humana no alcanzó a cumplirse. Otra, de orden superior, ya estaba en marcha: se llenaron de piojos, de sarna y de pestes. Sus míseras carnes llagadas, se caían a pedazos, putrefactas.

Así murieron los tres, llenos de lepras y lacras, y aterrorizados. Aterrorizados, porque hasta el último segundo de sus despreciables vidas, los atormentó un recuerdo, una visión terrible y obsesiva: la cabeza cercenada y sangrante de la Machi Guillermina que, más allá de su muerte siguió hablando, hablando y hablando, hasta que ellos, fuera de sí, enloquecidos de pavor, le cortaron la lengua para que callara definitivamente.

LA VENGANZA DE LA MUJER DEL MAR

Entre las historias escuchadas en mi infancia, ésta es una de las que mejor recuerdo. La narraba mi padre en aquellas larguísimas noches de los inviernos sureños, cuando el frío, el viento y la lluvia crean un ambiente ideal para que surjan los relatos. Nunca supe si los hechos que aquí se cuentan ocurrieron realmente, pero en esas tierras donde transcurrió mi infancia aseguran que el personaje existió hace muchísimos años. Lo que sí es cierto es que aún puede vérselo, desafiando el tiempo, tal como lo veía mi padre cuando recorría a caballo aquellos lugares, en su lejana juventud. El relato es éste.

Una luminosa mañana, tres alegres jóvenes mapuches fueron a pescar. Entre bromas y risas llegaron hasta un paraje ideal para ese día de solaz. El mar, espléndido, lamía plácidamente el roquerío de la costa.

Mientras dos de los muchachos hacían los preparativos para iniciar la faena, Manqueán, el más bullicioso, alegre y jovial, se deleitaba contemplando el paisaje. De pronto, sus inquietos ojos se detuvieron en un punto.

-Miren, miren la roca que está allá.

Así lo hicieron. A poca distancia de la playa, un poderoso chorro de agua marina saltaba intermitente desde el orificio de una roca, impulsado por la fuerza de la ola.

- ¿Saben qué es eso? -preguntó Manqueán con maliciosa intención.

No hubo respuesta.

-Es una mujer con el traste pa arriba y meando! -gritó el pícaro muchacho. Los tres celebraron la ocurrencia con explosivas carcajadas.

Entusiasmado por aquel reconocimiento a su ingenio, el vehemente joven extremó las cosas.

Desafiante, gritó:

-¿Quién se atreve a taparle el hoyo pa que no siga meando?

No esperó respuesta y, sin sacarse el sombrerito que jamás abandonaba, con la agilidad de un gamo, saltó hacia la roca. Tapó el orificio con un pie y, con un cómico gesto de dominio, posó como una estatua.

Así permaneció un rato, haciendo ostentación de su gracia y atrevimiento. Mas, cuando quiso salir de allí, una fuerza misteriosa que emergía de la roca misma, le impidió hacerlo.

Primero fue incredulidad, pero, tras inútiles y reiterados empeños, comprendió que algo invisible lo tenía atrapado.

Viéndose perdido, recurrió a sus amigos.

-Ayúdenme, no puedo sacar el pie -gritó, intentando disimular su preocupación.

Sonoras carcajadas celebraron la nueva humorada, pero Manqueán ya estaba perdiendo su alegría y serenidad. Sus reiterados intentos eran inútiles y el miedo se apoderaba paso a paso de su corazón.

-No es broma. ¡Por favor, ayúdenme a salir de aquí! -gritó el muchacho con manifiesta angustia.

Sólo entonces los amigos comprendieron lo crítico de la situación y se dispusieron a prestarle ayuda. No obstante, y pese a lo desesperado de su empeño, nada lograron.

Corrieron entonces a la comunidad para dar aviso y traer refuerzos.

Un grupo de fornidos mocetones, seguidos de familiares y curiosos, acudieron de inmediato. Se sucedieron nuevos intentos, tirones y forcejeos, pero todo fue inútil. Pasadas las horas debieron rendirse a la verdad: nada podía hacer la voluntad humana para oponerse a esa otra que, disputando su presa, parecía emerger de las profundidades del mar.

Durante tres días y tres noches estuvieron la comunidad y su machi concentradas allí, haciendo rogativas para que el mar devolviera al cautivo, pero aquel intersticio de la roca aprisionaba férreamente el pie del muchacho, con la voracidad de fiera hambrienta, mientras las olas danzaban plácidamente a su alrededor.

La angustia crecía por momentos y se hizo crítica cuando, ante la absoluta impotencia de todos, el muchacho empezó a convertirse en estatua de piedra.

Fue un proceso lento. Hacia el cuarto día estaba petrificado hasta la cintura.

Esa noche la machi soñó: Manqueán jamás saldría de allí. Lo tenía atrapado la Mujer del Mar, de cuyos genitales el irreverente joven había hecho escarnio. Ahora sería su marido por el resto de los tiempos.

Nada más se podía hacer. Agobiados, amigos y parientes fueron testigos de cómo Manqueán, sombrerito al ojo, se convertía paso a paso en estatua de piedra, y entraba al dominio absoluto de la poderosa mujer.

Al quinto día habló Manqueán a su gente a través de un nuevo sueño de la machi:

-"Yo estoy casao y ya no saldré de aquí. Mi mujer entregará a la comunidad el pago que les corresponde por haberle entregao un marío. Habrá una gran varazón para que todos estén alegres y celebren nuestro matrimonio. Traigan carretas pa cargar, porque será inmensa la abundancia."

Efectivamente, así fue.

Con una generosidad que jamás se había visto, la Mujer del Mar pagó a la comunidad el hombre del que se había apropiado.

Muchos años transcurrieron desde aquel acontecimiento, pero algunos extraños hechos que empezaron a ocurrir en el lugar mantuvieron vivo el recuerdo de Manqueán.

Se construyó un camino que bordea la costa y que ofrece la imponente belleza del paisaje oceánico. En ese recorrido el viajero puede ver de pronto, recortada en el fondo marino, la

pétreo silueta de Manqueán erguido sobre la roca, tal como quedó hace siglos, cuando se transformó en estatua de piedra. Pero algo insólito empezó a inquietar a la gente de la zona: muchos de los vehículos que viajaban utilizando esa vía, desaparecían misteriosamente sin dejar rastro alguno, como si el mismo mar se los hubiera tragado.

Ocurrió una y otra vez, siempre en la misma forma. Nació la sospecha y el rumor creció: de algún modo, Manqueán algo tenía que ver con esos extraños sucesos.

En las comunidades mapuches se conservan ritos y antiguas costumbres, por eso y a pesar de haber transcurrido tanto tiempo, el pueblo y la nueva machi recurrieron una vez más a las rogativas. Y tal como lo hiciera antaño, Manqueán volvió a comunicarse a través del sueño de la sabia mujer:

- "No soy culpable de lo que está ocurriendo; son mis hijos. Ellos salieron degenerados y tienen malos instintos. Disfrutaban haciendo daño, y como ya crecieron y son adultos, no puedo controlarlos".

Y así debe ser pues, según cuentan, los vehículos siguen desapareciendo misteriosamente. Y dicen los que viven por allá que, en las noches, un sin fin de luces se deslizan a gran velocidad sobre la superficie del mar: son los vehículos desaparecidos que, gobernados por los indomables hijos de Manqueán, corren sin control sobre las olas, como si se tratara de la más moderna autopista, ante la impotencia de su padre que los mira desde la roca, sombrerito al ojo, tal como quedara cuando, siendo un alegre mozo, se lo apropió la Mujer del Mar para hacerlo su marido.

LOS TRES HERMANOS Y EL MAL ENCARNADO

Mi tío Juan Quintupil contaba esta historia que él daba por verdadera. No sé, tal vez lo haya sido, pero en época muy antigua. Él decía:

-Hija, el Mal y el Bien siempre han existido. Andan por todas partes desde que el mundo es mundo. Cuando el Mal se encarna produce mucho daño, muerte, hambre, miseria. El hombre tiene que luchar para que el Mal se aleje, hacer sus rituales y, sobre todo, orar."

Es bien cierto. En la vida uno ve muchas veces cómo el Mal, cuando se le deja libre, destruye las cosas más sagradas. Eso es lo que cuenta este relato que puede ser verdadero en cualquier tiempo y en cualquier lugar.

-Hace muchísimos años -decía mi tío- vivió por estas tierras un cacique que gobernó largos años. Era un hombre sabio, y por eso era honrado y justo. De esa manera se ganó el respeto y la admiración de su gente.

Siguiendo la costumbre, al morir el cacique lo sucedió Mariñanco, diez avestruces, el primogénito. Los dos menores, conocedores y respetuosos de la ley, se dispusieron a cooperarle sin objeciones.

Así pues, Mariñanco se convirtió en el nuevo cacique por derecho natural y con la aprobación de todos sus súbditos.

De pronto el Mal se hizo presente en la vida de la tranquila comunidad. El joven cacique que en vida de su padre jamás demostró instintos perversos, al saberse dueño del Poder perdió la cordura y con ello, la posibilidad de llegar a ser un hombre sabio, como lo había sido su progenitor.

Dominado por la soberbia pensó que su autoridad no tenía límites, y que los derechos de su pueblo estaban subordinados a sus más bajos y demenciales instintos y deseos. Fue así como impuso un gobierno de abuso y terror en el que la crítica y la desobediencia se pagaban con la muerte.

Su lujuria no tenía límites. Todas las familias sufrieron la humillación de ver a sus hijas y esposas mancilladas y despreciadas por su propio cacique.

El pueblo se debatía en el dolor y la impotencia, pero el respeto incondicional a la autoridad de origen divino que Mariñanco encarnaba impedía que tomara cuerpo el sentimiento de rebelión que ya brotaba en todos los corazones.

Sus dos hermanos -Curiñanco, el del medio y Tacnlleco, el menor, tampoco comprendían la abominable conducta de Mariñanco. Ambos escuchaban condolidos las quejas de quienes acudían a ellos clamando justicia, más no hallaban la forma de hacerse oír por el tirano. Pero tantos fueron los abusos y tanta la insistencia de las familias, que Tacnlleco decidió enfrentar al cacique.

-Hermano, tienes el poder que te dejó nuestro padre. Heredaste el mando y su posición, mas no su sabiduría y virtudes. ¿Por qué te complaces sembrando la amargura y la muerte?

Como cacique tienes derecho a tener tres o cuatro esposas. ¿Cuál, entonces, es la razón para ofender a las familias humillando a sus mujeres?

Hermano, jamás nuestro padre pudo imaginar que traerías la desgracia y el dolor a su pueblo.

Mariñanco, como máximo insulto ante el atrevimiento de su hermano, terminada la entrevista hizo traer a la esposa de Tacnlleco y la ultrajó brutalmente.

¡Nada pudo ya contener la rebelión!

Curiñanco y Tacnlleco convocaron secretamente a la reunión que el pueblo exigía. Habló un vecino:

-Mariñanco es indigno de ser nuestro cacique. Traicionó a su padre y ha traicionado también a su gente. ¡No lo queremos gobernando! Tú debes ocupar su lugar, Curiñanco.

-Es verdad que nos ha traído desgracia y humillación, -respondió el interpelado-, pero yo soy el hijo segundo y no debo sobrepasar el poder del primogénito. Él gobierna por derecho propio, pues recibió el poder directamente de nuestro padre.

Un anciano se dirigió a la asamblea:

-El poder de los caciques es divino, por lo tanto, se inspira en el Bien. El hombre que lo recibe debe luchar por la grandeza y felicidad de su gente. Rendirá la vida si es necesario para protegerlos, como lo haría un padre con los hijos de su carne. Sólo así puede el cacique aspirar al respeto, a la gratitud y a la obediencia.

Pero también existe el poder diabólico. Ése es el que destruye y corrompe, el que ciega y envilece. Mariñanco es el Mal. Los hombres no deben apoyar ni defender el Mal; deben combatirlo.

Curiñanco respondió:

-Lo he dicho. Mariñanco será cacique mientras viva. Sólo muerto se podrá reemplazar.

-¡Que muera! ¡Que muera!

El grito vehemente de una multitud sedienta de justicia, ansiosa de la restauración de un orden moral y humano, explotó en el aire, creció en los cerros y rompió la quietud de la secreta hondonada.

-Así será -acataron los hermanos.

Decidieron que el lugar donde se llevaría a efecto el ajusticiamiento debería estar alejado de la comunidad, pues en ella no se permitía matanzas. Además, la tierra donde se virtiera la sangre del traidor, tendría que ser roja e improductiva. La más árida que fuera posible encontrar.

Cuando todo estuvo preparado, los hermanos se presentaron ante el cacique.

-Mariñanco, mucho tiempo hace que no te reúnes con tu gente. ¿Tienes temor, acaso? ¿No se atreve a enfrentar a su pueblo el poderoso Mariñanco? Eso comentan los que quieren tu desprestigio.

Hay ahora una importante reunión. Acompáñanos. Necesitamos oír la palabra orientadora de nuestro jefe. El pueblo espera tu consejo.

Tocado en su orgullo, Mariñanco cayó en el engaño.

Poco después se presentó a la asamblea con su permanente actitud de insultante altivez. Allí fue tomado y de pie entre dos estacas, enfrentó al Jurado que lo condenaría.

-Mariñanco, como primogénito de tu noble padre, heredaste tu derecho a gobernar, pero no aprendiste las virtudes que lo hicieron notable como cacique.

Por respeto al origen del Poder que recibiste, por largo tiempo nos hemos doblegado a tus abusos. Jamás escuchaste nuestro clamor, porque te has hecho insensible y prepotente. Dinos ahora, ¿qué te corrompió así? ¿Qué puedes explicar al pueblo que has deshonrado? ¿De dónde emana tu diabólico poder?

-Nada tengo que explicarles -replicó, altanero-. Ninguno de ustedes tiene autoridad para juzgarme. Yo soy el Derecho y el Poder, y eso me autoriza para actuar sin más límite que mi propio deseo.

-¡Entonces, muere!

En medio de la algarabía general, amarraron sus brazos a las estacas. Inconmovible, Mariñanco esperó desafiante la muerte.

Ante la mirada expectante de la multitud, avanzaron los lanceros. Alzaron sus armas y, a la orden convenida, las estrellaron contra el cuerpo del cacique.

Nada ocurrió. Un murmullo de admiración recorrió el campo. Insistieron una y otra vez los lanceros, cada vez con mayor furia y vigor, pero el recio Mariñanco seguía allí de pie, erguido e invulnerable, como un postrer insulto a la avidez justiciera de su pueblo.

El terror ya se había apoderado de los corazones más débiles. - ¡Abrirle el pecho! -ordenó el jefe del Jurado.

Así lo hicieron. Un machete escindió ese cuerpo que, por alguna misteriosa razón, ya no se resistió a la muerte.

En el suelo yacía Mariñanco, sobre tierra ajena, roja e infértil. Su pecho estaba abierto, como una monstruosa flor sangrante.

Sobrecogidos y en silencio, Curiñanco y Tacnlleco se acercaron para contemplar por última vez al hermano primogénito que agonizaba.

La perplejidad se pintó en sus rostros: en el interior de la gran herida pudieron ver nítidamente, tres grandes corazones que, con discordantes e irregulares latidos, aún palpitaban débilmente.

Entonces, todos comprendieron: ése era el origen de la personalidad diabólica, de allí emanaba el Mal; allí estaba la causa de la desarmonía destructiva de su ser.

Sepultado el cacique en tierra estéril, Curiñanco ejerció el poder secundado por su hermano menor.

Todo volvió a la normalidad y a la calma. Pero por allá dicen, -vaya uno a saber si es verdad-que por esas tierras sigue vagando, aún hoy, un Mal que anda suelto. Un Mal que hace siglos no se ha encarnado, y que libérrimo en el espacio, recorre impetuoso.

Selvas, montañas, valles y ríos, descargando sus aciagos zarpazos de muerte y tragedia, sobre los inermes habitantes de los pueblos indígenas.

EL HIJO APOSTADO

Esta historia me la contaba mi mamá.

En la comunidad vivía un muchacho con su madre y su mujer. La convivencia entre ellos era grata y afectuosa. Nada permitía suponer un quiebre violento en esa armonía.

Cierto día vino a casa un amigo.

-Tengo que hablar contigo en privado; es urgente.

Había tal gravedad en sus palabras que el muchacho se inquietó.

-Puedes hablar, estoy solo.

-Mira, es muy difícil para mí dar este paso- continuó el amigo. Hemos tenido una buena amistad y nos decimos hermanos. Por eso me duele hacerte sufrir.

-Dime de una vez de qué se trata. Si es malo, prefiero que seas tú quien me lo diga.

-Hermano, tu madre es bruja.

La sorpresa le impidió reaccionar de inmediato. Desconcertado miró a su amigo. Nada en su actitud hacía suponer una broma. Menos aún podía atribuirle un propósito maligno. Tenía que ser un error.

-¡Eso no es cierto! - respondió con vehemencia. -Conozco bien a mi madre. Es una buena mujer y cariñosa. Tú lo sabes. Sería la última persona de la que podría sospechar eso.

-Te entiendo, pero créeme que jamás te lo hubiera dicho si no estuviera seguro. No hay error.

El dolor y la rabia habían mordido el corazón del joven.

-¡No lo vuelvas a decir! Te perdono porque nos criamos como hermanos. Si no fuera por eso, te juro que te mato.

-Por favor, escúchame. Tienes que saber que tu vida está en peligro. Si no me crees, morirás.

-¿Qué pruebas tienes?

-Tengo pruebas. Conozco mejor que tú a tu madre. Yo también soy brujo.

Las defensas del muchacho se derrumbaron. Apenas pudo hablar:

-Dime todo.

-Tu madre y yo pertenecemos a la comunidad de brujos y, aunque tenemos el pacto de no revelar la identidad de los integrantes ni las actividades que realizamos, mi lealtad hacia a ti me obliga a violar el compromiso.

Uno de estos días habrá en el reni carreras a caballo. Tu madre, que siempre apuesta fuerte, ha sido desafiada por otro brujo, con el cual siempre ha mantenido una gran rivalidad. No apostaron dinero, apostaron un cordero, y el cordero eres tú. Es tu vida la que está apostando tu madre.

-¿Y tú quieres que yo crea eso?. Ella siempre fue una buena madre, ¿cómo puedo pensar que esté planeando apostar a su hijo, como si fuera un animal cualquiera?

-Tú no puedes entenderlo, pero así son estas cosas. Cuando ella está en su condición de bruja, ya no siente ni actúa como madre. Está obligada a enfrentar al otro brujo, demostrarle que no le teme y que su poder es mayor. Debe hacerlo a cualquier precio. Ahora, escúchame. En tanto se fije el día de la carrera te lo comunicaré. Esa noche me acompañarás al reni y serás testigo de lo que te he revelado. Tu madre saldrá de la casa en la tarde con la excusa de que va a visitar a una comadre. Esa seña te doy.

Efectivamente, el día de la carrera salió temprano. Dio la misma explicación que anticipó el amigo y dejó advertido que no regresaría hasta la mañana siguiente.

Poco después salieron los dos hombres en dirección al reni.

A la hora convenida se congregaron todos los brujos. Ocultándose en las sombras pudieron ver muchas personas conocidas. Allí también estaba su madre.

El reni era muy grande. Una parte considerable del espacio estaba ocupado por una larga cancha y por corrales. El amigo le mostró un cordero amarrado.

-Ese eres tú.

Quiso más explicaciones, pero ya empezaban las carreras y debió mantenerse en silencio.

La noche avanzaba rápidamente y numerosas habían sido las competencias. De pronto salieron a la cancha el brujo y su madre montando sus propias bestias. Dieron la señal y ambos partieron como una exhalación.

Dominado por la angustia, el joven presenció la carrera. Ambos eran diestros jinetes, pero la cabalgadura del brujo era superior y ganó sin dificultad.

Al muchacho le pareció advertir una expresión de tristeza en el rostro de su madre, pero obedeciendo una señal del ganador, ambos se dirigieron al corral, mataron el cordero, lo descueraron y descuartizaron.

-Tranquilo, hermano. No temas; el cordero eres tú, pero la brujería aún no comienza en ti. Ahora escucha con mucha atención lo que voy a decirte: Tu madre regresará muy temprano. Llegará cansada y con sueño, te entregará un paquete. Es carne del cordero que sacrificaron y les pedirá que la cocinen. No lo hagan; si la comen, morirán. Así el brujo habrá cobrado su apuesta.

Esa noche no pudo dormir. Poco después del desayuno regresó su madre.

-Me vine de alba- dijo. -¡Tan lejos que vive mi comadre! Mató un cordero para atenderme y, como no me pude quedar más días, me regaló unos buenos pedazos. Cocínenla para el almuerzo y sírvanse no más. Yo no los voy a acompañar; me iré a dormir porque estoy cansada y tengo sueño. No se preocupen por mí.

El joven entendió que no podía llevar aquello solo y le confesó todo a su mujer. Ambos observaron la carne del canasto: efectivamente parecía carne de cordero.

Se devanaban los sesos planeando qué harían, cuando llegó el amigo:

-Hermano, las cosas ocurrieron tal como me advertiste, pero dínos ahora, ¿qué podemos hacer?

-En realidad, lo único que puedes hacer será más doloroso para ti todavía. Tu mamá es bruja; cuando despierte sabrá que no comieron la carne porque descubrieron su secreto. Entonces tratará de matarte de otra manera porque ella, quiéralo o no, debe pagar su deuda. No tiene alternativa: es tu vida o la de ella.

-¿Matarla?

-Matarla, no hay más solución. Al brujo que la venció hay que darle una vida; esa fue la apuesta.

El muchacho lloró largo rato, pero, comprendiendo que estaban en una situación sin salida, aceptó la dolorosa solución.

La mataron de un certero hachazo mientras dormía. No se podía hacer otra cosa, pues el Mal que anda suelto y vagando por esas tierras, se encarnó y desarrolló en ella. Por tal razón se convirtió en agente de destrucción de su propia familia, y eso no se puede aceptar. La comunidad debe deshacerse de quienes reniegan del Bien, porque ellos son destructores de la vida, de la familia y de la sociedad, es decir, de lo más valioso que posee el hombre.

EL PUDÚ DE LOS AROS DE ORO

Mi padre nació y creció en Huichahue, lugar que durante la guerra de Arauco fue escenario de feroces y crueles enfrentamientos entre mapuches y españoles. A sus mayores escuchó contar en su infancia esta historia que más tarde él nos narraba.

Aquellos -decía- fueron años terribles. La gente vivía sólo para la guerra y no podía ser de otra manera. Los mapuches ya sabían que se enfrentaban a un enemigo poderoso, cruel y de enorme codicia. Esos extranjeros, sedientos de riquezas, no estaban dispuestos a compartir nada. Por el contrario, su proyecto era apoderarse de todo, exterminar o someter por la fuerza a los antiguos habitantes de esta tierra. Entonces, el pueblo mapuche supo que ya no tendría paz.

Las sangrientas luchas se sucedían sin descanso. Los guerreros mapuches, a pesar de su habilidad, de su destreza física y su valor, morían en grandes cantidades, destrozados por las armas de fuego del enemigo español. Otros eran torturados salvajemente o reducidos a la esclavitud.

Había que aterrorizar al indígena para debilitarlo, para minar su rebeldía, para someterlo. A Galvarino le cortaron los brazos y después lo largaron:

-“Ándate a tu tierra. Así somos, así somos.”

A las mujeres que estaban amamantando les cortaban los pechos: - "¡Que mueran de hambre sus niños! Así somos."

Los libros de historia no cuentan esas cosas, no cuentan toda la verdad, entonces, ¿qué clase de Historia es ésta?

Grande era la mortalidad de los guerreros mapuches. Las mujeres iban quedando solas y al trabajo de la casa y de los hijos debieron agregar el de la tierra.

A los niños se les trataba de proteger de toda esa crueldad, pero ante la urgencia de disponer siempre de nuevo contingente, muy pronto, los muchachitos de diez años ya estaban preparándose para suceder a los guerreros caídos.

Los mapuches elegían a sus caciques. El elegido era siempre el hombre más sabio, el que mejor sabía aconsejar y guiar, el que tenía las ideas más lúcidas y podía lograr mayor beneficios para su pueblo. No había leyes escritas, ningún papel, pero toda su gente le seguía y le respetaba.

Por aquellos años tan difíciles hubo caciques que estaban dotados de poderes sobrenaturales. No era un poder heredado. Se les dio porque en ese momento, ante la fuerza destructora de los españoles, ellos necesitaban ayudas especiales para salvar a su pueblo del exterminio.

En uno de los más feroces enfrentamientos de que se tenga recuerdo, los hispanos se dejaron caer en Nohualhue y atacaron sorpresivamente.

En medio de la confusión, los guerreros mapuches salieron a combatir, mientras las mujeres se refugiaban con sus criaturas en lo más espeso de la selva.

Superado el desconcierto inicial, los mocetones mapuches lucharon con fiereza, pero pronto las armas huincas hicieron terribles estragos. El coraje de los guerreros no podía neutralizar por sí solo el poder destructor de las máquinas infernales que escupían siniestras bocanadas de fuego.

Pasaba el tiempo. Los mapuches seguían manteniendo una resistencia heroica, pero ¿cuánto más podría durar?

Temiendo el total exterminio de sus guerreros, el cacique decidió que había llegado el momento de convocar su poder sobrenatural.

Próxima al lugar del combate existía una vertiente muy respetada y de hermosas aguas. Junto a ella se alzaba un risco, una gran piedra cuadrada, como una mesa. Era el santuario donde el cacique hacía sus rituales y solicitaba a su Dios apoyo y sabiduría para gobernar a su pueblo en días de tanto sufrimiento.

Haciendo acopio de toda su fuerza espiritual y su poder, el cacique clamó a los cielos. Pidió el auxilio divino para derrotar al enemigo y salvar de ese modo a los niños, a los ancianos y a las mujeres de la aniquilación, de la tortura y de la humillación que padecerían si quedaban en manos del despiadado enemigo.

De pronto, como viniendo de la montaña, por detrás del gran risco, apareció un animalito. Era un pudú que nada habría tenido de especial si no hubiera sido por los aretes, grandes, redondos y del más fino y reluciente oro, que pendían de sus orejas.

Caminó sobre los peñascos, luego se detuvo y observó la brutal matanza que se desarrollaba frente a él.

Entonces avanzó lentamente, paso a paso y a medida que se acercaba al campo de batalla una nubecilla de humo, tenue al comienzo, empezó a emanar de sus aretes. Muy pronto aquello se convirtió en un manto de espesa niebla que fue creciendo, creciendo hasta invadirlo todo.

Para cuando el pudú terminó de atravesar por entre los muertos y los guerreros y desapareció, todo el paisaje estaba sumido en la más densa bruma de que se tuviera recuerdo. El lugar entero era una gran nube de la que surgían los lamentos de los guerreros moribundos y los gritos de los que aún se debatían en aquella contienda fantasmal.

Entonces la confusión fue completa. Los españoles sólo peleaban por instinto, pues nada veían. En cambio los mapuches, asistidos por nuevas y poderosas fuerzas, atacaron con certera fiereza y renovadas energías a los invasores, porque sus ojos podían penetrar la espesa niebla en la que todo estaba sumergido.

Aterrados, vencidos, previendo su espantoso fin, los guerreros españoles intentaron huir. No pudieron. Los mapuches los hicieron retroceder paso a paso hasta que llegaron a

Huichahue. Allí fueron exterminados y en recuerdo de la matanza, ese lugar lleva su nombre: Huichahue, "el lugar donde la matanza fue terrible".

EL CANTO DEL CHILCHIHUÍN

Yo me crié escuchando historias. Era una manera muy linda de entretenerse y de aprender. De algunas me he olvidado, pero mantengo otras muy vivas en mi memoria, como ésta que me contó mi tía Carmela Quintupil cuando yo tenía unos seis años y permanecía largo rato junto a ella, ayudándola a hilar. La recuerdo así:

Hubo una vez un mapuche que logró juntar mucha riqueza. Mirando lleno de orgullo y satisfacción sus extensas tierras y su abundante ganado, llegó a pensar que su poderío lo hacía superior a los demás, y se infló de prepotencia.

Crió a una sola hija a la que amaba mucho y a la que satisfacía todos los caprichos. Sin embargo, la niña no era feliz porque había heredado la misma altanería de su padre y el convencimiento de que no existían en su entorno personas que merecieran su respeto ni que fueran dignas de su amistad.

Así creció la niña, sobrada de cosas, pero sola y en la mayor pobreza del alma. Su corazón era como tierra muerta y envenenada por el orgullo, el resentimiento y la soberbia que matan, sin remedio, a toda simiente de amor que allí intentara germinar.

Al morir el padre, su soledad fue total y, en posesión de todo el poder y la riqueza, dio rienda suelta a su crueldad. Por cualquier insignificancia maltrataba y azotaba a sus sirvientes, y disfrutaba sometiéndolos a los trabajos más duros, crueles y humillantes.

No obstante, su mayor odiosidad la descargó siempre sobre una humilde jovencita que estaba a su servicio personal desde muy pequeña, cuando su padre se la regalara con ese propósito.

La pobre criatura sufría en silencio y resignación los malos tratos de su ama, pero éstos fueron haciéndose tan extremos, que llegó el momento en que no le era posible librarse de ellos ni de día ni de noche.

En su desdichada vida había sólo una cosa que le procuraba alegría y placer.

Todas las mañanas un pajarito pequeño y casi sin plumas, un chilchihuín, venía a cantarle a su ventana. Ella lo esperaba y se asomaba ansiosa para disfrutar su canto y contemplarlo, mientras la avecilla saltaba graciosamente de rama en rama.

Así pasó la primavera y el verano. Se fueron los días cálidos y llegó el invierno con su gélido manto de nieve, pero el chilchihuín permanecía con su pobrísimo plumaje.

La muchachita se asomaba a la ventana y se condolía al verlo tan pequeñito y desvalido en medio del desolado paisaje. Pensaba:

-Por su forma de cantar y de volar creo que sufre tanto como yo. ¡Cómo me gustaría ayudarlo!

Efectivamente, la avecilla parecía ejecutar una danza desesperada. Su cuerpecito se agitaba como una hoja mientras sus alas se batían en breves y rapidísimos aleteos. Luego

se detenía y levantaba la cabecita como implorando al cielo, y esto se repetía una y otra vez hacia uno y otro lado del jardín.

Angustiada, la muchachita intentaba descifrar la conducta del pajarillo.

-¿Cómo puedo ayudarte? Sé que algo quieres decirme...

Y entonces empezó a entibiar el sol. El pajarillo ahora, con sus alas abiertas, giró sobre sí mismo, exponiendo todo su menudo cuerpecito a la reconfortante calidez de los rayos dorados.

-¡Eso era! -pensó la niña-. Levantaba su cabecita implorando a Dios que enviara al sol para reanimar su cuerpecito helado y sin plumas.

¡Qué feliz estaba ahora el pajarillo! ¡Cómo cantaba y cómo saltaba de rama en rama!

Esa noche, deseosa de encontrar pretextos para maltratarla, la cruel ama llenó hasta el tope la pieza de la niña con vellones de lana.

-Usted me va a tener mañana a primera hora toda esta lana limpia y muy bien escarmenada -le ordenó.

La muchachita sintió que el miedo y la angustia la dominaban. Conocía la brutalidad de los castigos de la mujer.

-¡Ay, Dios mío! ¿Qué voy a hacer? Aunque me amaneciera, jamás podría hacer este trabajo en una noche. ¡Tengo dos manos no más!

Desolada, empezó a llorar. Lloró con inmensa angustia, rogando a Dios que la socorriera. De pronto sintió un ruido que provenía de la ventana. Levantó la cabeza y vio que el chilchihuín la observaba.

- ¡Ay!, -gimió la niña. Si usted me entendiera, a lo mejor me ayudaría.

Entonces, el chilchihuín movió las alas y cantó con ímpetu. De inmediato apareció una multitud de pequeñas lauchitas que se lanzaron sobre la lana.

Antes que se repusiera de la sorpresa, la niña vio cómo las menudas criaturas tomaban lana con sus ágiles deditos, y procedían a limpiarla y escarmenarla a una velocidad pasmosa.

Toda la noche trabajaron sin descanso, ayudando a la niña. Al amanecer, la tarea estaba perfectamente terminada.

Cuando llegó la detestable mujer dispuesta a ejecutar un duro castigo, se llevó la sorpresa de su vida: ante sus ojos había una montaña de lana como nube, blanca, limpia y espumosa.

Nunca pudo comprender lo ocurrido y siguió viviendo así, cada vez más amargada y prisionera de su soledad.

En cambio, la criadita se sentía feliz porque ella y el chilchihuín habían logrado entenderse perfectamente. Y, como muestra de su cariño le confeccionó una prenda esponjosa de blanca lana escarmenada, con la que envolvió su desplumado cuerpecito.

¡Y se veía tan lindo! Parecía un ovillito, un pomponcito hecho con lana que había nacido de su propio cuerpo.

TERCERA PARTE: CUENTOS DE ANIMALES

En las comunidades mapuches siempre se narraban muchas historias, pero me parece que las de animales eran las más frecuentes y las de mayor agrado. No es raro. Por aquellos años, cuando aún no habían destruido el bosque de la región, existía una fauna abundante, rica y variada, que convivía naturalmente con los hombres en medio de ese lujo de naturaleza que era la selva de la Araucanía. Observándolos, aprendíamos sobre las costumbres y la personalidad de los animales desde niños. Eran muy familiares para uno, y por eso divertía tanto escuchar relatos en que ellos eran protagonistas de situaciones en las cuales se mostraban con sus propias características, pero que también se parecían a los comportamientos humanos.

El león o puma, el zorro, el pudú, el chingue y todo tipo de pajaritos son personajes frecuentes en los cuentos mapuches.

El león no aparece como un animal heroico ni vencedor; casi siempre es burlado y vencido por otras criaturas del bosque. Yo pienso que lo han presentado de esa manera porque la gente le tenía rabia a causa de los grandes daños que este animal ocasionaba.

Por aquellos años había muchos leones en mi tierra. Se dejaban caer silenciosamente en las noches y hacían matanzas terribles en los corrales. En un dos por tres la gente perdía sus animalitos, fruto de tanto esfuerzo y trabajo.

Mi papá me contaba que para protegerse, dos o tres familias construían un corral grande, con altas y tupidas empalizadas. Igual pasaba el león. Los hombres tenían que turnarse y hacer guardia permanente. Era la única manera de tener animalitos.

En mi casa contaban que mi abuelo paterno mató a lumazos a un león. Dicen que le tenía muchas ganas porque la bestia se había cebado.

Se fue esa noche al corralón, garrote en mano. De pronto escuchó leves sonidos: era el animal que se aproximaba. El viejo se preparó: ¡el león que salta y él que lo agarra de la cola! En el aire lo pescó al suelo con él y déle lumazo.

Esos hombres eran diestros y forzudos, y como el león es pesado, dicen que no tiene ese viraje veloz de los gatos, por ejemplo.

Lo remató en el suelo y lo descueró. Semanas después, ya curtido, claveteó el cuero en el corral, bien a la vista:

- "Pa que cuando los otros leones vengan, lo vean y escarmienten" -, decía.

De los cuentos de leones recuerdo varios. El que sigue, lo narra mi marido, Alejandro.

EL LEÓN DE SANTA JUANA

Un amigo de mi marido nos relataba esta historia que, según decía, había protagonizado él mismo.

Contaba que en cierta ocasión fue a saludar a una familia amiga. Los encontró a punto de partir a un paseo donde unos conocidos, al interior de Santa Juana. Como insistieron que los acompañara, no se hizo de rogar y salió pegando con ellos.

No era cerca la cosa. A caballo atravesaron el pueblo y se internaron por caminos montañosos durante algunas horas.

Por fin llegaron al lugar del convite, pero, para sorpresa de todos, no encontraron ni un alma: la casa sola, el fuego apagado ... Ni rastro de gente.

Todos hacían conjeturas de lo que podía haber ocurrido. Finalmente, el jefe de familia opinó:

-Después de tanto sacrificio para llegar hasta aquí, no vamos a quedarnos con los crespos hechos ni volvernos muertos de hambre.

En un dos por tres se organizaron: prendieron el fuego y aliñaron la carne que ellos mismos habían traído. Ligerito aparecieron las papas, el pan, las ensaladas, el buen pebre.

Todo parecía marchar viento en popa para la gran comilona, hasta que se dieron cuenta de un gravísimo impedimento. Los dueños de casa se habían ausentado sin cumplir el compromiso, libremente asumido, de ponerse con lo principal, lo infaltable para la gloria eterna de un gran asado: varios litros de un poderoso vino tinto.

-Si ustedes me dicen dónde puedo comprar -ofreció el acompañante-yo voy de un trote mientras ustedes terminan los preparativos.

Todos aplaudieron la iniciativa, le pasaron un caballito y le explicaron con lujo de detalles la ruta que lo llevaría a las casas donde, en aquellas montañas, podían solucionar tan angustioso contratiempo.

- ¿Y en qué lo traigo?

Le pasaron un cuero. Había pertenecido a una gran oveja a la que se lo sacaron enterito, con su lana, sus patitas y todo. Bien sobado y cosido por manos competentes, servía para transportar el vino, como era costumbre por esos lugares.

-Le dices que vas de parte de la familia tal, que te lo llenen bien no más, y que después arreglamos la cuenta. Que no tengan cuidado.

Partió el hombre. El camino, desconocido, montañoso, no resultaba fácil para él, que no era campesino ni buen jinete. Pero el caballo era mansito y allanaba como podía las dificultades.

Al tranco, después de largo rato, llegó a su destino.

-Buenas tardes, caballero.

-Buenas tardes, amigo.

Vinieron las presentaciones, los detalles del incidente, este asunto y el otro y, como nuestra gente es amistosa y le gusta la conversa, el diálogo se hacía sabroso y fluido, mientras el tiempo pasaba.

-Así que todos están bien.

-Sí, lo más bien. Saludos mandaron.

-Se agradece, pues. ¿Y usted anda con ellos?

-Sí, me invitaron.

-¿Pero usted es de la familia?

-No, soy amigo no más.

-Pero no vive en Santa Juana.

-No, soy de Concepción.

Y así iba la conversa, hasta que el hombre advirtió que ya caía la tarde y apuró la cosa.

-Así que me llena bien el cuerito no más. Del mejor tinto que tenga.

-No se preocupe. Tengo uno como pa voltiar leones ... Se van a acordar de mí.

Al poco rato volvió con el encargo.

El afuerino quedó impresionado: el cuero, inflado con el vino, había tomado la forma de una oveja gordita, rozagante y completita.

-Increíble, oiga. Cualquiera cree que está vivita. Pero ¿cómo me la llevo? Yo no le pego na a esta cuestión.

-No se preocupe, caballero; aquí le hacemos el servicio completo.

Tomó el cuero y lo chantó arriba del caballo. Le pasó unos cordeles por aquí y por allá para afirmarlo y cuando terminó, la oveja estaba paradita en el anca de animal, muy erguida y como mirando a la lejanía.

-Listo, caballero; va bien firme. Súbase con toda confianza no más.

-¡Puchas el gallo inteligente! -pensó, mientras se acomodaba-. ¡Cuándo se me iba a ocurrir a mí ...! Nunca, pu.

La noche lo pilló de un golpe en la mitad del camino. De pronto recordó que le habían comentado que, en aquellas montañas, cerradas de vegetación nativa, era frecuente encontrarse con leones. Siguió avanzando en la oscuridad, pero sintió que, como un reptil, la sombra del temor se deslizaba por su cuerpo y su cerebro.

Trató de pensar en otra cosa, pero, súbitamente, en una de las vueltas del escarpado camino, dos pequeños focos que relumbraban en la oscuridad, se clavaron en él.

-¡Chuta, estoy fregao! -dijo para sí, sintiendo que el corazón le retumbaba en el pecho.

El caballo se paró en seco. Las luces seguían ahí, estáticas, esperando...

-Tengo que pasar no más. Si vuelvo, el león me ataca por la espalda.

Se caló el sombrero al ojo, se encomendó a la Virgen y le picó al caballo.

No había avanzado más de un par de metros cuando sintió que algo muy grande y pesado, pero como que volaba, pasó rasando sobre él y cayó, justo atrás de su cabalgadura.

El pobre hombre como que anduvo perdiendo el sentido de puro susto. Ahí se quedó algún tiempo, sin respirar, agazapado, con los ojos cerrados.

Cuando volvió en sí, escuchó unos ruidos sospechosos ... Parecían provenir del león, pero ... ¿qué diablos estaría haciendo?

Poco a poco recuperó el valor. Imperceptiblemente giró la cabeza y sus ojos, acostumbrados a la oscuridad, fueron testigos de un espectáculo admirable: el león, con su ímpetu volador, había arrancado de cuajo a la oveja del caballo y, ya en el suelo, con ella aprisionada entre sus brazos, le enterró con furor asesino los colmillos en el cogote.

La magnífica hemorragia no se hizo esperar, y el león, que pareció no molestarse por el insólito grupo sanguíneo, se puso a chupar encantado de la vida. De pronto, como para descansar, levantó la cabeza, se lamió el hocico y ya se disponía a embestir a su presa nuevamente, cuando cayó junto a la oveja como saco, cuan largo era, a los pies del caballo.

El hombre se apeó lentamente y, siempre cauteloso, se acercó. Le movió la cola con el pie ..., después una pata ... Nada, no hubo reacción: El león estaba absolutamente borracho y, para mayor sorpresa aún, se puso a roncar a toda máquina.

-¡Puchas el tinto! ... Tenía razón el caballero ... Está pa voltear leones -pensaba el hombre, mientras taponeaba las perforaciones que la fiera había hecho en el cuero.

Acomodó a la oveja sobre el caballo y se quedó mirando al león que dormía como un bendito. Pensó:

-Voy a contar la historia en la casa y ... ¡cuándo me van a creer! Mejor les llevo el león pa allá, así ellos mismos se desengañan.

Agarró al león que parecía trapo y como pudo lo echó arriba.

Ya era noche total cuando llegó. ¡Ni un alma!

-¿Cómo se iban a mandar a cambiar sin esperarme? No puede ser. Seguro que andan por ahí y luego llegarán. Aquí mismo los espero.

Reavivó el fuego, instaló a su lado a la oveja y al león y calentó los restos del asado. Todavía estaba comible y los generosos tragos de tinto con que lo acompañó, fueron un tónico eficaz para reponerse del cansancio y las emociones.

Ligerito no más se fue envalentonando, y como que le perdió el respeto al león.

-No pienso volver esta noche. Voy a dormir aquí no más, con el león. ¿Qué me va a hacer a mí éste? ¡Está más cocido ...! Y total, si despierta, le meto otro trago y punto. La oveja tiene leche pa rato todavía

Llenó un tarro duraznero para tenerlo a mano.

En eso el león se movió, medio como que regañó, se relamió ... y se fue abajo otra vez.

-Se le está pasando la curaera ... Hay que aprovechar que tiene sed.

Le encajó medio tarro duraznero y el resto se lo tomó él.

Los dos cayeron como piedra.

Despertó al amanecer. Salió a mirar el caballo, pero, como lo había dejado suelto, nunca supo para dónde se le había ido.

-¡Por la máquina! ... ¿Qué voy a hacer? No conozco el camino ... Estos gallos tendrán que venir a buscarme, digo yo ... Total, qué tanto; me quedo aquí no más.

Justo en ese momento el león empezó a refunfuñar otra vez.

-Se le está pasando la mona ... ¡Le meto otro trago no más!

Llenó el tarro:

-Medio pal león y medio pa mí. ¡Al seco!

Y vuelta a caer.

Y así se lo pasaron, tomando juntos como si hubieran sido grandes compinches, mientras la oveja tuvo para proveer.

-No me va a creer, ñor; tres días y tres noches estuvimos tomando con el león. Era como secante pal trago la fiera, así es que estuvo conmigo mientras hubo pa chupar. Después, y aprovechando que yo estaba dormido, se mandó a cambiar.

No lo he vuelto a ver. ... Quizás dónde andará tomando ahora.

Los cuentos que se incluyen a continuación fueron narrados por mi sobrino Erwin Quintupil.

EL LEÓN Y EL PUDÚ COJO

Cuentan que en cierta ocasión andaba por ahí el león muerto de hambre. Hacía tres días que no había podido cazar nada y sus tripas más que cantar, rugían exigiendo comida. Estaba desesperado:

-¡Ya no aguanto más! Voy a buscar al pudú y me lo comeré de una vez por todas. ¡Ay, pero cómo lo voy a hacer! Es tan rápido para correr ese diablo, y debilucho como estoy, no podré cazarlo como Dios manda. Tengo que inventar una manera más astuta de atraparlo.

Y como el hambre aviva la inteligencia, el león, después de mucho pasearse de lado a lado planeando una estrategia, encontró una solución que le pareció genial.

Dándose una palmada con su gran garra en la frente, exclamó:

-¡Ya lo tengo! ¡Pero si era muy fácil! Ahora sí que no te me escapas, pudú.

Y, a pesar del hambre que le acalabraba las tripas, sintió una tremenda alegría.

-El pudú acostumbra a beber en el arroyo. Allí lo esperaré, escondido en el agua.

-¡Ja, ja, ja, ja! Le daré la última y más grande sorpresa de su vida.

Y así lo hizo el muy pillo. Cortó una cañita hueca para respirar y se sumergió en el arroyo. Nadie habría podido suponer que allí estaba oculto el león.

Esperó y esperó. Transcurrió el día entero y el pudú no llegó.

Cuando las aguas se enfriaron mucho, a tiritones y muy desilusionado, el león salió del arroyo.

-¡Demórate no más, guachito! Agua tenís que tomar, así que tarde o temprano andarís por aquí, y yo te voy a estar esperando.

Pero el pudú tampoco vino al día siguiente. Al llegar la noche el león estaba más hambriento, más enojado y, para peor, resfriado por sus largas esperas sumergido en el arroyo.

Transcurrió el tercer día. La resistencia del león había llegado al límite, pero esa noche, cuando salió la luna, el pudú bajó al agua. Venía de lo más contento, silbando y a saltitos, apoyado en un bastón. La verdad es que se había lesionado una patita, razón por la cual no había bajado al arroyo los días anteriores.

A través del agua y oculto entre malezas y totoras, el león lo vio venir. Iluminado por el resplandor de la luna llena, le pareció que estaba más gordito y tentador que en otras ocasiones en que había intentado cazarlo.

-Acércate no más, guachito -pensó el león relamiéndose-. Ahora sí que no te me escapas.

Brinco tras brinco el pudú llegó a la orilla y acercó su hociquito para beber.

Eso era lo que esperaba el muy bandido del león. Con la velocidad del rayo sacó una zarpa y agarró una patita del venado.

Pero la reacción del pudú fue también muy rápida. Captó la trampa y de inmediato ideó una pillería para salir del apuro.

-Te agarré! -rugió el león-. ¡Ahora sí que no te escapas!

Y el pudú, muy astuto, muerto de la risa y en versitos, le contestó:

*- "¡Ay, mi tío león!
Por agarrar la pata
me agarró el bastón."*

Y el león, nervioso como estaba, no se dio tiempo para comprobar si era cierto o no. Soltó la patita del venado y agarró lo que creyó que era la verdadera pata.

¡Pero ésa era verdaderamente el bastón!

Ni corto ni perezoso, el pudú soltó el palo en que se apoyaba y salió corriendo patitas pa que te quiero, sin acordarse para nada que había estado accidentado.

El león se agarró un feroz resfrío y una rabieta muy grande, tanto así que los que lo han visto últimamente, dicen que todavía anda buscando al pudú por el bosque, y que jura que cuando lo encuentre, se lo comerá de a pedacitos.

EL LEÓN, LA LEONA Y LA VENADITA

Vivía en el bosque una señora pudú, madre de una linda venadita. Un día dijo a su niña.

-Se nos acabó la leña para el fuego, hijita. Iremos al bosque a buscar más.

Saltando y corriendo, la venadita acompañó a su madre. Muy pronto, ambas estaban cortando coligües en pleno campo. El ruido que éstos hacían al quebrarse impidió que la madre se percatara de inquietantes ruidos que provenían de un matorral. Una seria amenaza se cernía sobre las indefensas ciervitas.

La venadita, en cambio, como era muy despierta y observadora, había escuchado algo extraño, pero no sabía nada acerca de los peligros del mundo porque le faltaba experiencia de la vida, de modo que siguió quebrando coligües como si nada.

Súbitamente, de entre los árboles y malezas, salió un tremendo león, de gran hocico y grandes patas.

-¡Arranca, hija, arranca! -gritó espantada la madre, mientras escapaba a toda velocidad.

La venadita, que se había quedado sorprendida contemplando a la enorme bestia, reaccionó sólo cuando escuchó la advertencia de su madre. Huyó a toda la velocidad que le permitían sus patitas, pero el poderoso león la agarró y la llevó para su casa, porque era padre de familia y andaba buscando alimento para sus hijos.

-¡Ya, vieja! -dijo el león a su esposa-. Aquí te traigo comida.

-Pero esto no alcanza para nada, -reclamó la leona, mirando a la pequeña venada que temblaba como una hoja.

-Ya sé que es poco - respondió molesto-. Voy a salir a buscar más. Encárgate tú de la venada. Cuídala mucho porque éstas son diablazas.

La venadita tenía hartos miedos, pero era valiente y pensó:

-Los leones me quieren comer, pero yo me voy a escapar.

Pensó un rato y, de repente, se acordó:

-¡Ya sé ... ! Yo tengo linda voz. Todos me dicen que canto bonito. Voy a ponerme a cantar.

Dicho y hecho. Empezó a cantar con una voz tan tierna y armoniosa que la leona quedó impresionada y, como no era muy lista, jamás se le ocurrió que hubiera una oculta intención en el canto de la venadita. Poco a poco se fue acercando, acercando hasta que, embelesada, se sentó junto a la pequeña pudú. Ésta, consciente del efecto de su arte en el alma de la leona, siguió cantando lindas canciones que hablaban del campo, de las plantas, de las aves y mariposas y, en fin, de todas las criaturas silvestres.

La leona estaba maravillada porque a ella también le gustaba cantar, pero sólo le salían rugidos feos y desafinados.

-Ya -pensó la venadita-. Tengo medio dominada a la leona. Ahora tengo que armarle conversa.

Ella era muy locuaz y entretenida, y tocó la suerte que a la leona, que a menudo se sentía muy sola, también le encantaba conversar. En un dos por tres, se pusieron a hablar de un tema y otro sin darle descanso a la boca.

Así estaban las cosas, cuando la venadita pensó que ya era el momento de poner en práctica su plan.

-Señora leona, -dijo con cara de lo más inocente-, como hace tanto rato que estoy aquí, me están dando ganas de hacer mis necesidades. ¿Me dejaría ir un rato para afuera, por favor? Aquí cerquita no más, detrás de las matitas que están ahí.

-Mmmm ... , ¿y si te arrancas? -dijo dubitativa la leona.

-¡Cómo voy a hacerle eso yo! Mire, para que esté segura, amárreme una patita con un lazo y la otra punta usted la sujeta desde acá. Pero, como a lo mejor me demoro un poquito porque ando con las tripitas apretadas, pa su mayor seguridad usted me grita:

-¡Nana tuuuuuuuuuuuuuuuuuuu ... ! Me llama así y yo le respondo:
¡Uuuuuuuuuuuuuuuuuuuuu !

La leona, que ya se sentía un poco amiga de la pudú, le amarró una patita y la dejó ir hasta las matas.

En tanto se vio sola, el inteligente animalito desocupó su intestino, se desamarró la patita y ya se aprestaba a escapar cuando escuchó:

-¡Nana tuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuu ... !

-¡Uuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuu ... ¡- y escapó a toda carrera por el campo.

Mientras tanto, la leona seguía sentada sujetando el lacito, cantando y suspirando, conmovida aún con las lindas canciones que había escuchado. Pero, pasados unos minutos, se inquietó:

-Se está demorando mucho la venadita. ¿Tan arincá estará la pobrecita? ... A lo mejor se quedó dormida ...

-¡Nana tuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuu ... !

Y como la venadita tenía buen oído y no se había alejado demasiado, respondió tal como lo habían convenido. La leona se tranquilizó, pero cuando volvió a llamar escuchó una respuesta muy débil. Luego, tras un nuevo intento, ya no escuchó nada.

-¡Bah ... !, ¿qué le pasó a ésta? ¿Se estará haciendo la sorda? Mmmmmmm ... pero a mí no me engaña. Voy a irme despacito y de repente ... ¡zas!, me le voy a tirar encima.

Así lo hizo. Agazapadita, como los gatos cuando van a cazar, se lanzó de un brinco a las matas donde suponía que se escondía la presa. ¡Qué desilusión! Lo que allí estaba oculto era la tremenda necesidad que hizo la venadita.

Enojada, amargada, embetunada y con muy mal olor se fue la leona para su casa, pensando cómo le explicaría a su marido tan lamentable descuido.

Al ratito no más llegó el león, regañando porque no había encontrado nada más para la comida.

-Mala suerte, vieja. Tendremos que conformarnos con esa poquedá que traje, pero ¿dónde está la venada que no la veo aquí?

Toda afligida le contó el chasco.

Enfurecido, pero sin perder tiempo en discusiones, el león preguntó:

-¿Por dónde se fue? A ver si la alcanzo.

Partió como un celaje por el camino que le indicó la leona. Al rato se encontró con un choroy que estaba cantando parado en una rama de un gran canelo.

-Choroy, ¿has visto a una venadita que va arrancando?

-No -dijo el choroy desde arriba-. Por aquí no ha pasado ninguna venada.

Y continuó cantando que era un gusto.

Siguió corriendo. Más allá encontró una torcaza empollando sus huevitos.

-Torcaza, ¿has visto por aquí una venada que va arrancando?

-No -dijo la torcacita sin dejar de cantar-. Nadie ha pasado por estos lados.

El león no quería darse por vencido, y a medida que corría siguió preguntando al tiuque, al traro, a la tenca, a la loica, al tordo y a cuanta avecilla encontraba en su camino, porque como todos ellos vuelan, pueden observar desde arriba lo que ocurre en el bosque. Sin embargo, todas negaron haberla visto pues, aunque en verdad sabían por dónde iba, estaban decididas a salvarla del hambriento león.

Corrió largo rato sin obtener información alguna, hasta que de pronto se encontró con un chingue que estaba medio dormido debajo de unas matas.

El chingue es un animalito del bosque que, cuando quiere defenderse de un enemigo, lanza un chorro de pipí de tan mal olor, que nadie lo puede soportar. Tan fétido es que otros animales le temen y ninguno se quiere acercar, por el riesgo que ello implica.

El león le habló con su voz ronca, sacándolo súbitamente del sueño:

-Chingue, ¿has visto pasar a la venadita por aquí?

El animalito dio un brinco aterrorizado cuando se vio con el león encima, porque los leones en caso de necesidad también comen chingues. Muy nervioso, casi histérico gritó:

-¡Ay ay ay ay!.. .. ¿Qué? ... ¿Venadita? ... No, no la he visto ... ¿A quién? ¡Parece que sí...! ¡Ay ay ay ... ! No, ¿venadita dijo? ... No ... no sé, no sé ...

El chingue estaba totalmente descontrolado. Saltaba, gritaba y manoteaba como un loco.

El león no entendió nada con tanto chillido y pataleo.

-¿Qué te pasa a ti? - preguntó muy mal humorado-. Parece que estás chiflado.

-Chiflado no estoy -chilló el chingue. Lo que pasa es que se me enterró algo atrás, cerca de mi colita. Parece que fue una espina ... no, no, una espina no ... , una astilla ...

¡Ay ay ay ay!, me duele muchísimo. Yo creo que es una estaca la que tengo ensartada en mi potito.

Tanto se revolcaba y chillaba, que al león se le olvidó que iba tratando de alcanzar a la venadita, y se quedó mirándolo.

-Pero no grites tanto, pues hombre, y sácate eso que te duele.

-¡Claro! ¿Y cómo me lo voy a sacar si no me puedo mirar? Además, ¿ves mis patitas?. Son muy chicas, no me sirven para sacarme la estaca. Pero tú eres muy forzado y tienes unas manotas grandes. ¿Por qué no me ayudas? Después te explico bien lo de la venadita.

El león se interesó:

-¿Dónde dices que tienes la estaca?

-Por atrás, por atrás -dijo el astuto animalito.

El león también es inteligente, pero no se percató de las intenciones del chingue. Poco a poco se fue acercando para observar mejor.

-No, no veo nada. Parece que son ideas tuyas no más.

-Pero es que estás corto de vista -dijo el chingue-. Acércate otro poco. Por este lado ... más, más ...

El león se aproximó hasta casi poner el ojo en el trasero del chingue. ¡Y eso era lo que el muy pillo esperaba! En cuanto lo tuvo a su alcance le lanzó un tremendo chorro de pipí, con toda su fuerza.

¡Fue terrible! El león, bañado en ese líquido pestilente casi se intoxicó.

Indignado, humillado, convertido en el hazme reír de todos, se escondió por unos cuantos días en un lugar donde pudiera limpiarse, pero el persistente olor tardó mucho en desaparecer.

Y así fue como el chingue y los pajaritos del bosque salvaron a la venadita de ser devorada por la familia de los pumas, porque, como dice la gente que sabe de estas cosas, los animales más débiles se apoyan entre ellos para defenderse del peligro de las grandes fieras.

EL ZORRO Y LA PERDIZ

Cierta tarde en que el zorro andaba en sus habituales correrías por un bosquecito en busca de una presa para embuchársela, escuchó un hermoso cuento. Avanzó cautelosamente y vio que, parada en la rama de un peumo que crecía a la orilla del chorrillo, una perdiz lanzaba al viento las notas de una bella canción: “hui pi pi, pi pi pí, hui pi pi, pi pi pí...”

-¡Qué preciosa voz tiene la perdiz! comentaban los animalitos y avecillas del bosque que escuchaban arrobados sus melódicos trinos. ¡Qué tremendo talento!

-Bien bonito canta -pensó el zorro- realmente canta finito y es bien entoná.

Entonces, inspirado más bien por su voraz apetito que por sensibilidad artística decidió pedirle a la perdiz que lo adiestrara en el cultivo de su arte.

-Si logro cantar como ella -pensaba- daré unos conciertos a los que asistirán muchos animales del bosque y, cuando los tenga completamente embelesados, me agarro las mejores piezas y me las como. ¡Las medias comilonas que me voy a dar!

El problema es cómo se lo pido, porque ésta como sabe que varias veces he tratado de cazarla, me tiene miedo... lo mejor será que me presente de repente de manera que no se pueda escapar.

Arrastrándose entre las matas, la esperó en un recodo cerca del lugar donde la perdiz tenía su nido, y cuando ella venía de regreso de su concierto cotidiano se le puso al frente de sopetón.

-Buenos días señora perdiz- la saludó con actitud dominante.

La avecita, aterrorizada, pegó un tremendo brinco: buenos días -contestó con un hilito de voz y a punto de desmayarse-.

-Necesito pedirle un favor.

-¿Qué sería? -preguntó la perdiz y miraba para todos lados buscando por donde podía arrancarse-.

-La escuché cantar y quedé maravillado. No hay niun pájaro en todo el bosque que cante mejor que usted. Tanto me gustó que yo quiero pedirle que me enseñe a cantar.

Y como la perdiz lo miraba con sorpresa y desconfianza, agregó:

-Mire, si usted me enseña le puedo pagar con trigo, la cantidad que usted me pida.

El zorro la miraba y la veía titubear y pensaba, “estoy ganando terreno”. Otro poco de chamullo y la convenzo.

-Bueno, dijo ella, ¿pero cómo canta usted?. Yo tendría que escucharlo primero.

-La verdad es que yo no he cantado nunca, así que no podría decirle.

-A ver, cante.

El zorro respiró profundo y lanzó al aire las mejores y potentes notas que producía su garganta: ¡GUACC!

Tan horrible y estruendoso resonó el canto del zorro, que una pila de pájaros que habitaban en los alrededores salieron volando en estampida. La pobre perdiz quedó muy asustada, con todas las plumas revueltas y pensó que no tenía más alternativa que aceptar la propuesta, pero no quiso crearle falsas expectativas.

-¡Buh!, usted canta feazo, pu oiga. Va a ser bien difícil que cante bonito con ese tremendo hocico que tiene. Mire la boca mía, es chiquitita, por eso mi voz es finita y melodiosa.

-¡Pero usted podrá hacer algo, para ayudarme! -insistió empeinado el zorro- Y para terminar de convencerla, se puso fantasioso y le ofreció este mundo y al otro:

-Mire señora perdiz, yo le pagaría con porotos, con trigo, con todo tipo de semillas que usted me pida, en las cantidades que usted se le ofrezca.

Bueno, la perdiz también tenía su lado flaco y se anduvo entusiasmando con la oferta:

-Yapu. Eso sí que va a ser medio difícil, porque estoy viendo que la única solución es coserle el hocico.

El zorro se anduvo espantando: -Pero eso duele, puh.

-Y usted, ¿no quiere cantar bonito?. Tiene que aguantar entonces.

El zorro se dio cuenta que no tenía más alternativas y, pensando en las tremendas comilonas que lo esperaban, contestó:

-Bueno, si es por cantar bonito, lo que sea, yo aguanto.

La perdiz comprendió que ella tenía el sartén por el mango y con más confianza empezó a tutearlo. Trajo unas tiras de pita, una aguja de coser sacos y luego de ponerse en posición, agarró la jeta de arriba y la de abajo y ejecutó el primer pinchazo.

El pobre zorro pegó un tremendo salto.

-Tenís que estarte quieto pa que yo pueda coserte el hocico; si te moví va a ser peor.

-Es que me dolió mucho.

-Aguanta, aguanta, ¿no querís cantar bonito? -dijo la perdiz y siguió cosiendo-.

El zorro se agarraba de los troncos, de las ramas, de lo que podía y dicen que hasta se hizo pichí de puro dolor.

Pero ella seguía cosiendo afanosamente:

-Ya, está lista esta orilla, ahora date vuelta pa' coserte el otro lao.

Al zorro le corrían las lágrimas, pero igual agarraba fuerzas pensando en la pila de pollos y pájaros que cazaría sin mayor esfuerzo en un feliz futuro.

Finalmente, la avecilla dio por terminada la operación.

-Ya estai listo. Te dejé un portillo chiquitito aquí adelante. Ahora hácele empeño de cantar finito.

El zorro intentó, pero solo le salió un leve resoplido: psssssss.

-No, si tan rápido no te va a resultar, sigue tratando. Mira, escúchame a mí: hui pi pi, pi pi pí; hui pi pi, pi pi pí.

Adolorido como estaba, el zorro hacía su mejor esfuerzo por imitarla y de pronto empezaron a salir las primeras notas melodiosas y finitas.

-¡Uy, qué lindo canto ahora! -decía el zorro- y de tan contento que estaba se puso a cantar y a bailar a saltitos.

La perdiz quedó muy satisfecha del resultado de su operación.

-Bueno, ya te hice el trabajo, ahora págame.

-¿Qué estai hablando? -preguntó el muy cínico- ¿Por qué tengo que pagarte? Más encima de lo que me hiciste sufrir y ¿tengo que pagarte?. Mira, deja de molestar y ándate ligerito mejor, no sea que me entusiasme y te coma también.

La Avecilla estaba furiosa, pero como lo vio en actitud amenazante consideró prudente no insistir:

-Este puede comerme aunque tenga el hocico cosido. Pero me las va a pagar, ya sé cómo voy a vengarme de esta ofensa -refunfuñaba la perdiz mientras lo miraba alejarse a saltitos y cantando con su nueva voz.

Se adelantó la perdiz con un solo vuelo y lo esperó oculta en unas champitas. De pronto, lo vio venir, saltando y cantando finito: hui pi pi, pi pi pí; hui pi pi, pi pi pí.

Entonces, cuando pasó por su lado, la perdiz saltó de súbito y le gritó casi en la oreja:

-¡Huiiiiiiiiiiií!

Tan agudo y sorpresivo fue su grito, que el desprevenido zorro no pudo contener un potente: ¡GUACC!

Y hasta ahí nomás llegó el trabajo de la perdiz.

Al zorro se le descosió entero el hocico de punta a cabo, y le quedaron los puros flecos colgando.

Al verse así, herido y sangrando, con sus ilusiones rotas, el zorro se puso a llorar: ¡Ay, qué desgracia la mía! ¿Qué voy a hacer ahora?.

La perdiz parada en la copa de un árbol, se reía al escuchar sus lamentos:

-¿Viste? La sacaste chueca. Por mentiroso y sinvergüenza te pasa, a ver si por fin algún día aprendís la lección.

LA ENEMISTAD ENTRE LA ZORRA Y LA PUDÚ

PRIMERA PARTE: LA VENGANZA DE LA PUDÚ

Los pudú son una especie de pequeños venaditos, que sólo se alimentan de vegetales, por esa razón, los demás animalitos del bosque no les temen y por el contrario, conviven armoniosamente con ellos, pero no todos.

Se sabe que no pocas veces los zorros se han dado sus buenos banquetazos devorando las tiernas crías de algunas madres pudú. No es de extrañar entonces que, cuando se dio la oportunidad, una joven pudú decidiera vengar a su especie pagándole a la zorra con la misma moneda.

Ocurrió que un día la pudú fue a visitar a la zorra y le llevó una canasta con frutillas silvestres.

-Mari Mari, tía Zorra.

-Mari Mari, niña, ¿qué te trae por aquí?

-Le traigo un engaño. Son frutillas. Cuando las vi tan lindas pensé “voy a recoger unas pocas para llevarle a los chiquillos de mi tía Zorra”.

No habían terminado todavía de preguntarse por su salud y por sus parientes como es de rigor, cuando los dos zorritos ya se habían zampado en un dos por tres todas las frutillas del canasto.

-¡Mire que son golosos mis chiquillos! -dijo la zorra. Me gustaría ir a recoger otras pocas, ¿dónde las encontraste?

-Allá arriba en un cerrito hay harta y están maduritas, no están na muy lejos.

-Yo iría, pero cómo dejo a mis chiquillos solos, son tan inquietos estos niños...

-¡Bah!, ¿y en qué topa tía?, yo se lo cuido pues.

La zorra tomó el canasto y partió a trotecito.

Nomás salió la zorra y la pudú empezó a dar órdenes a los zorritos.

-La mamita fue a buscar más frutillas. Va a volver cansá y con hambre, así que nosotros vamos a prender un buen fuego y cuando ella vuelva le tinimos el almuerzo listo. ¿Qué les parece?

-¡Sí tía, Sí tía!, decían los zorritos saltando de lo más felices.

-Bueno, entonces ¡partieron a buscar leña!

Como eran bien mandados, salieron a la carrerita y volvieron con un buen atado.

-Muy bien, ahora vamos a prender un fuego grande, lindo.

Los zorritos corrían ligerito de allá para acá y se llegaban a poner ñatos soplando.

-Bueno, ahora a buscar agua para llenar una olleta grande porque vamos a preparar harta comía.

Y así la pudú los mandoneaba a su gusto y los animalitos se atropellaban para cumplir las órdenes con gran entusiasmo.

Entre todos sentaron la pesada olleta de fierro en el fogón y cuando la pudú calculó que ya podía concretar su plan, ordenó:

-Ya, niños, vayan a mirar si hierve el agua para preparar la cazuela.

Como eran chiquitos y la olleta grande tuvieron que empinarse para mirar.

Era el momento que esperaba la pudú. Se acercó y como que no quiere la cosa, los empujó y los animalitos cayeron de cabeza al agua. Murieron los zorritos.

Ligerito nomás la pudú los peló y en eso estaba cuando se oyó a lo lejos el grito de la zorra:

-¿A dónde.....?.

La pudú mientras despresaba, contestó con un cantito mapuche muy rítmico y juguetón que decía:

Vuelve a subir,
Vuelve a bajar,
Vuelve a subir,
Vuelve a bajar
¡Ahiiiiiiiií!

La zorra buscaba y rebuscaba afanosamente entre las matas, pero como no encontraba nada, volvía a preguntar y la venada tratando de retardar su regreso repetía el mismo cantito mientras preparaba todo para armar la cazuela.

Ya estaba el sol alto cuando regresó la zorra, asorochada y resoplando.

-¡Uy, que estaba lejos!, picaba fuertazo el sol.

-Y, ¿encontró, tía?

-Poquitas nomás.

-¿Vendrá cansá usté?

-Cansá vengo y con hambre también.

-Tía, repóngase un poquito mientras le sirvo la comía.

Y como a la zorra le extrañó tanto silencio, preguntó:

-¿Dónde están mis chiquillos?

-¡Buh!, ésos almorzaron hace rato y se fueron a jugar pal monte. Lo han pasado de lo mejor. Usté coma ahora su cazuelita y después los llama.

Cuando la zorra vio la cazuela, preguntó sorprendida:

-¿Dónde encontraste carne, niña?

-¿Me ha de creer, tía, que de repente entró un corderito? al tiro nomás lo agarré y lo hice cazuela.

-Mira la casualidá, y bien sabrosa te quedó.

-¿Le sirvo otro platito, tía?

-Ya pues, pero primero quiero ir a buscar a mis chiquillos. No me gusta que se vayan pal monte. Mucho peligro allá.

-Usté coma tranquila nomás, tía. Yo misma se los voy a buscar.

Mientras la zorra saciaba su apetito, la pudú escapó para el cerro, y como no regresaba al ratito salió la zorra a llamar: ¡GUAAAAC!.

Nada, repitió el llamado una y otra vez con la esperanza de ver a sus hijos volver retozando como siempre ocurría.

De pronto escuchó a la pudú que desde el cerro entonaba un cantito que decía:

“Le gané a la vieja zorra, tonta,
que se comió a sus hijitos.”

La sorpresa de la zorra fue terrible. ¿Qué estás diciendo, bribona de porquería?, gritó furibunda. ¿Que mataste a mis hijos y yo me los comí?. Pero te vas a arrepentir de esta cochiná que me haz hecho, sinvergüenza. Vas a ver nomás.

Y cuentan los que me contaron esta historia que durante varios días estuvo llorando la zorra la pérdida de sus hijitos, pero en cuanto pudo, comenzó a preparar su venganza.

SEGUNDA PARTE: LA GUERRA DE LOS ANIMALES

En varias ocasiones la zorra se había comido cachorritos de las madres pudú, entonces una joven venadita decidió vengar a su especie, para lo cual urdió un astuto plan y sacrificó a los hijos de la zorra. Varios días estuvo la zorra lamentándose por su desgracia y jurando que la pudú pagaría con su vida la imperdonable ofensa.

-Soy más fuerte que esa porquería y mucho más inteligente que ella, refunfuñaba. Voy a declararle la guerra y la mataré en batalla campal.

Y tal como se acostumbraba en esos casos en el pueblo mapuche, la zorra le mandó huerkén, es decir, un mensajero que le comunicó a la pudú el desafío que le hacía la zorra.

La venadita, lejos de asustarse, contestó muy tranquila:

-Ya pu, cuando quiera no más peliamos.

El huerkén agregó: dijo que se juntarán en la loma y que tú elijas el día de la pelea.

La venada hizo sus cálculos y respondió:

-Dile a la zorra, que en cuatro días más nos encontramos para guerrear.

En tanto supo la respuesta la zorra empezó a formar su ejército y reunió a todos los animales más grandes y feroces: leones, tigres, leopardos, guanacos, toros, potros salvajes, y luego de contarles entre lágrimas la terrible ofensa que le había hecho la pudú, todos ellos decidieron apoyarla y participar en el combate.

La pudú, que es un venadito pequeño, no tenía amigos feroces, así que conversó con insectos y su ejército se formó con puros bichitos chicos: moscas, abejas, zancudos, moscardones, arañas, avispas, tábanos, hormigas y todo tipo de criaturas pequeñas.

Llegó el día de la pelea y apareció la zorra con su ejército: una tremenda cantidad de animales que tapaban un cerro grande y levantaban nubes de polvo. Y para causar mayor temor a sus enemigos, las bestias gruñían, mugían, rugían y lanzaban atronadores sonidos.

Por el otro lado del cerro llegó la pudú con sus tropas. Eran tan, pero tan chiquititos, que casi no se veían. Una pura nubecita que zumbaba nomás.

La zorra y los suyos los miraron con burla y ella, toda fachosa, se paró frente a sus tropas y dijo:

-¡Soldados, todo listo para iniciar el combate!. Yo iré adelante porque soy la capitana. Todos tienen que estar atentos a mis órdenes. Llevaré mi cola paradita, y mientras tenga mi cola paradita, significará que estamos ganando. Si llegara a bajarla sería porque estamos perdiendo y no queda más que arrancar, pero eso jamás ocurrirá. ¡Qué voy a bajar mi cola yo!.

¡Ganaremos a los enemigos, mis valientes mocetones!.

Al otro lado los bichitos escuchaban tranquilos y en silencio. La venadita no hizo arenga a su gente porque ella nunca guerrearaba y no sabía de arengas ni de nada de esas cosas que se hacen en las guerras.

Así pues, calladitos nomás, los bichitos se ubicaron en sus posiciones correspondientes y se dispusieron a enfrentar a sus gigantescos enemigos.

-¡Y empezó la pelea!. La zorra paró vigorosamente la cola y se lanzó con sus tropas al ataque.

De inmediato se levantó una polvareda que llegó al mismo cielo. La tierra retumbaba como un tambor por el gran peso de las enormes bestias que corrían tras la zorra que avanzaba adelante dando ejemplo de valor.

La venadita había puesto a la vanguardia a las abejas. A la orden de ¡al ataque! éstas se lanzaron contra el enemigo envolviéndolo por todos lados y se pusieron a picar a diestra y siniestra.

Las fieras agredidas empezaron a descontrolarse y corrían de un lado para otro intentando sacarle el cuerpo a las lancetas de sus atacantes, pero luego escucharon a la capitana que ordenaba reorganizarse y atacar con renovada fiereza.

De pronto, una abeja logró adentrarse en el campo enemigo. Se fue por detrás y picó a la zorra en el potito. Esta sintió el picotazo, pero disimuló, y apenas hizo un movimiento de cola.

Pero ya venían las otras abejas a repetir la misma acción y la zorra, que seguía luchando por no mostrar franqueza ante el enemigo, no pudo impedir bajar la cola, aunque la volvió a subir rápidamente.

La pudú envió entonces un nuevo contingente a rematar su obra y la zorra, acosada por sus agresoras correteaba de un lado para otro gritando: ¡Ayi, y con la cola para arriba y para abajo, para arriba y para abajo, para arriba y para abajo.

Ya habían salido al ataque las hormigas, los zancudos, los tábanos y las avispas quienes iniciaron una implacable embestida contra los guerreros de la zorra, y unos cuantos de ellos, menos heroicos que su capitana, emprendieron la huida patitas pa que te quiero.

En ese momento un colmenar entero se dejó caer sobre la zorra. ¡Hasta ahí nomás llegó la capitana! Bajó la cola y escapó a toda máquina con el resto de sus tropas corriendo tras ella.

Y así, dicen, que fue como la pudú y su ejército de pequeños bichitos vencieron a la zorra y a sus grandes fieras en una batalla campal que aún se recuerda entre los animales de la Araucanía. Y dicen, también, que después de su derrota la zorra pasó varios días sentada en el río refrescando su adolorido trasero.

LAS ANDANZAS DEL ZORRO

PRIMERA PARTE: LA FIESTA EN EL CIELO

Como el zorro siempre anda detrás de los pájaros con el afán de cazarlos, un día escuchó que se preparaban para asistir a una gran fiesta de tiro largo que se realizaría en el cielo.

-¡Chuta!, como lo hago para que me inviten - pensaba. Dicen que habrá trago destajo y de cuanto hay pa comer. Y total, si no me gusta la comía me doy un atracón de pájaros.

Mirando al cielo le daba vueltas y vueltas al problema y de tanta hambre que tenía veía asados, cazuelas, estofados y fudres flotando entre las nubes.

-Tengo que ir, decidió. Y se puso en campaña.

La situación se presentaba compleja. Los pájaros con justa razón le tenían ojeriza y ni soñar que aceptarían llevarlo. Para peor, como no sabía volar, habría que echárselo al apa y eso era mucho pedir considerando su peso y lo extenso del viaje.

Nunca estuvo el zorro más simpático, solícito y caballeroso que en esos días. Con gentileza sin igual saludaba a las avecillas y ofrecía su experiencia y servicios para cooperar en el éxito de la fiesta.

Tanto, tanto insistió y prometió que no faltó un pájaro más ingenuo y débil de carácter que le regalara una invitación pero, ¿quién lo llevaría?.

-Ya, dijo de malas ganas, un cóndor grandazo y fortacho. Para que no sigan cargosiando, yo lo llevo.

Al alba partieron. El zorro, a caballo en el cóndor y agarrado de las plumas, miraba asustado, cómo se alejaba de la tierra.

Cuando llegaron, la fiesta ya había comenzado. ¡Fiesta más linda!. Imposible ponderar tanta comida, tanto pájaro tentador.

Al comienzo el zorro se esforzó por controlar sus ímpetus y esperar que las aves estuvieran algo mareaditas para concretar sus planes, pero cuando comenzaron las cuecas de pata en quinchita con tamboreo y huifas y los brindis bien tupidos con vino cabezón, no fue capaz de reprimirse y se largó a comer, a tomar y a bailar como condenado, evidenciando su larga experiencia en remoliendas y chinganas.

Y como es buenazo para la Pitarrilla, la fiesta aún no llegaba a la mitad cuando el zorro no supo más de mundo y se quedó dormido en un rincón a pata suelta.

La fiesta siguió y siguió y las aves al tercer día iniciaron su regreso a la tierra. Cuando el zorro despertó sintió el tremendo hachazo y no se acordó de nada. Dificultosamente se puso de pie y echó un vistazo alrededor: ningún ruido, ni un alma. De pronto miró hacia abajo y recordó todo.

-¡Chuta, estoy en el cielo y los pájaros de moledera me dejaron solo! ¿Cómo me las arreglo ahora pa volver? Algo se me tiene que ocurrir.

La brillante idea surgió cuando vio a lo lejos una manchita verde. De inmediato se puso a rebuscar hasta que encontró por ahí unos cuantos lazos y ya empezaba a amarrarlos cuando providencialmente aparecieron dos pajaritos que se habían quedado para hacer el aseo.

-¡No estés pensando que te vamos a llevar! le advirtieron, sos muy pesao vos.

-No se trata de eso -dijo el zorro. Tenimo que añadir estos lazos. Yo me amarro de una pata y ustedes van dejándome caer de a poquito. Cuando el lazo se termine, ya voy a estar cerquita de la tierra. Entonces me sueltan y yo caigo blandito en esa champita verde que se ve ahí abajo.

Así lo hicieron. Los pajaritos fueron bajando al zorro lentamente y cuando llegaron al extremo del lazo gritaron ¡YAAAA!, y lo soltaron.

Lamentablemente el zorro había estimado muy mal la distancia entre el cielo y la tierra, y por largo rato fue cayendo, cayendo, cayendo a una velocidad vertiginosa. Para peor la champita que él creía haber visto, era realmente una tremenda montaña de robles.

Cuando terminó de caer quedó la pelería. El pobre zorro cayó como saco de piedras encima de los viejos árboles. ¡Imposible imaginar el desastre!: una pata por aquí, otra por allá, un pedazo de costillar colgando, una oreja por otro lado, la cola metida entre las ramas... absolutamente irreconocible.

Y ése fue el trágico desenlace de esta aventura en la cual el zorro terminó su vida, sin siquiera haber tenido tiempo para recuperarse de la tremenda mona que se agarró en la famosa fiesta del cielo.

SEGUNDA PARTE: EL ZORRO Y LA MACHI BANDURRIA.

Muerto y descuartizado quedó el zorro en el monte de añosos robles, pero tocó la suerte que ese día andaba por ahí la bandurria, machi muy respetada por su sabiduría y grandes poderes.

Como lo hacía a menudo andaba recorriendo el bosque en busca de las yerbitas que utilizaba para preparar sus remedios. De repente, enredada entre las ramas, encontró una pata.

Siguió buscando y más allá pilló una oreja.

-Bah, ¿y qué contiene esto?, se preguntó muy impresionada. Mucho me parece que aquí hubo una desgracia harto grande.

Empezó entonces a trajinar por todos lados y fue encontrando pedazos de cola, partes de hocico, unas costillas, tiras de espinazo colgando de las ramas...

Con paciencia infinita recogió todo y armó entero el cuerpo del finado.

-Vaya, dijo para sí, muy sorprendida. Éste es el condenado del zorro, ¿qué diantre le habrá pasado a éste?.

La verdad es que ella no le tenía mayor aprecio por las razones que todos los animales del bosque saben, pero ella como machi tenía el deber de curar, y se dispuso a hacerlo invocando esos poderes tan extraordinarios de los que estaba dotada y que le permitían no sólo sanar enfermos, sino también resucitar muertos, siempre que no hubieran pasado más de cuatro días de su fallecimiento.

Entonces, solita con el difunto en la profundidad del bosque, preparó todas sus cosas y le hizo un machitún.

Bailando alrededor del cadáver y cantando con su preciosa voz acompañada por el cultrun, cantó su machi ul, canción que tenía el poder de resucitar muertos si estaban dentro del plazo establecido.

Mucho tiempo estuvo bailando y cantando, y aunque el muerto no reaccionaba ella insistió, hasta que de repente el zorro, suspiró.

-¡Está reviviendoj, ¡está reviviendoj, dijo la Machi y siguió bailando y cantando con más ganas.

-Pasó un rato y el zorro movió una pata, después el cuerpo, después un ojo. Ya estaba vivo otra vez.

-Por fin, resucitaste, niño, dijo la machi jadeando. Hartazo me costó traerte otra vez a la vida. ¿Qué diantre te pasó que tenías todas las presas desparramá?.

El zorro resucitó muy desorientado y por causa de la curadera y del porrazo no se acordaba de nada. Con paciencia, la vieja bandurria le fue contando cómo lo había encontrado y la agotadora ceremonia que debió hacer para volverlo a la vida.

Poquito a poco fue recordando.

-¡Puchas, mamita!. Fui a una fiesta en el cielo y como no encontré a nadie que me trajera, me tiré para abajo como pude no más. Gracias, muchas gracias, mamita, por este favor tan grandazo que me ha hecho. ¿Cómo puedo pagarle esto?

-No te preocupís, niño. Tú sabís que como machi se me ha concedido un gran poder y mi obligación es hacer el bien sin esperar recompensa.

-Pero yo quiero pagarle, mamita, para que usted vea lo agradecido que estoy.

-Bueno, niño. Si ese es tu deseo págame con cualquier cosita, con lo que puedas nomás.

-Ay mamita, ¿qué le gusta a usted?. ¿Le gustan las sopaipillas?

-Sí, me gustan mucho para acompañar el mate.

-Ya, con eso le pago. Uno de estos días voy a traerle un saco lleno de sopaipillas.

Deshaciéndose en agradecimientos, el zorro se despidió muy emocionado de la vieja bandurria y se fue a trotecito y meneando la cola como es su costumbre.

Pero de los compromisos del zorro nadie puede confiar. Pasaban los días y con su ligereza y su informalidad habitual, se fue arrepintiéndose de su ofrecimiento.

-¡Puchas la lesera!. ¿Y por qué tengo que pagarle?. Ella cumplió con su deber de machi nomás. ¿Y de dónde voy a sacar sopaipillas, y un saco más encima?. Hay que ser muy regolosa pa comer tanto.

-Y se le ocurrió la mala idea. Se fue a la loma y recogió todas las bostas secas y aplastaditas de vacuno que encontró, llenó un saco y partió a la ruca de la bandurria.

-No se va a dar ni cuenta, se decía el muy miserable. Está vieja y cegatona, seguro que hasta el olfato le está fallando.

Apuradito se asomó a la puerta de la ruca y gritó:

-¡Aquí le traigo la sopaipilla, mamitaj

-Gracias, hijo, pasa a refrescarte un ratito.

-No, no puedo, tengo hartazas cosas que hacer. Otro día conversamos, respondió y dejando la bolsa en la puerta escapó a toda carrera.

Cuando la machi descubrió el engaño, se sintió tan ofendida que pese a sus nobles sentimientos exclamó:

-Vai a ver nomás bribón, ya va llegar la oportunidad de cobrarte la cochiná que me hiciste, y ese día tendrís que lamentar el haber nació.

Y así mismo fue, como aseguran los que saben y nos contaron cómo terminó esta historia.

TERCERA PARTE: EL CASTIGO DE LA MACHI BANDURRIA.

El zorro nunca ha sabido de remordimientos de conciencia, así que en tanto dejó el saco con bostas en la ruca de la machi, partió a noticiarse sobre unas carreras a las chilenas que tendrían lugar en esos días y en las cuales participarían jinetes y caballos famosos, por lo que las apuestas serían fuertes.

Como es fanático de las carreras, el día de la justa partió tempranito a la cancha.

¡Fiesta más linda!. La música de las fondas resonaba por todos lados y los competidores llegaban bien cacharpeados montando hermosos caballos que entraban a la cancha haciendo bailar sus colas.

El zorro le echó el ojo a un potro mulato que según aseguraban venía invicto, y que corría con la Peineta, una yeguita overa a la que pocos le tenían fe.

La gente se volvió loca apostando al Mulato: plata, novillos, yuntas de bueyes.

El zorro pensó:

-Esta es la mía, le apuesto al Mulato y con lo que gane me doy la gran vida en las fondas hasta que se me termine la plata. ¿A ver, qué puedo apostar?.

Pensó un rato y llegó a la conclusión de que lo único que tenía era su manta, es decir, su propio cuero.

-¡Qué tanto!, se dijo, están apostando hasta los dientes. ¿Qué me va a pasar si apuesto mi cuero? Napu, el Mulato es seguro.

Convencido de ello cruzó apuestas por fuera con el tío León quién hacía tiempo que lo andaba buscando para vengarse de unas graves ofensas que el zorro le había hecho.

Llegado el momento el Mulato y la Peineta tomaron posición. El gritón dio la partida y las dos bestias partieron como el rayo. Corrieron parejito hasta donde el zorro pudo divisarlas, pero terminada la carrera el juez anunció: la Peineta ganó por nariz.

La pelotera que se armó fue indescriptible: gritos, insultos, puñetes, rebencazos.

-¡Hay que anular la carrera!, gritaba a todo pulmón el zorro. Los caballos estaban arreglaos y los jueces vendíos.

Pero por más escándalo que armó, el juez se mantuvo firme en su veredicto. Sin embargo, lo peor estaba por venir. El tío León se puso en las coloradas y exigió que le pagara la apuesta, así que por más que el zorro se resistió y rogó, a tirones le sacaron el cuero y lo dejaron en carne viva.

La triste y delicada situación del zorro llegó a oídos de la machi bandurria.

-¡Este es el momento para que ese canalla me pague la ofensa!. Tráigamelo, ordenó, yo le haré remedio para que le salga cuero nuevo.

Asustado y adolorido llegó el zorro a la ruca de la bandurria.

-¿Qué te pasó que estái pelao?, preguntó con voz recia la machi. ¿Otra vez te metiste en problemas?.

-Es que tengo tan mala suerte pu, mamita. Mire lo que me pasó con el saco de sopaipillas que lo oferté en pago del tremendo favor que usted me hizo. Me equivoqué pu, y en vez de traerle el que le correspondía agarré uno con bostas que había juntao pa venderlas como abono.

-Mhnnnnn, ¿así que te equivocaste?.

-Si pu, y para más desgracia, ahora ando en carne viva, porque hicieron trampa en las carreras y perdí mi manta. ¿Usted podría ayudarme pa que me salga cuero nuevo?.

-Claro que puedo, pero tení que ser valiente porque te va a doler.

Tomó unas ramas bien espinudas de michay que había cortado especialmente para el caso y comenzó a chicotearlo con todas sus ganas. El zorro chillaba y se retorció, pero la bandurria seguía empecinada en su tratamiento.

-¡Ay, ayayai, mamita, no me pegue más!

-¿No querí que te salga cuero?. Aguanta entonces, y seguía dándole.

-¡Ya está bueno, pu mamita!

-No todavía, un chicotazo por cada sopaipilla que me ofertaste.

Y dicen que así le sacó pelo y que de paso le dejó bien clarito al irrespetuoso y malagradecido zorro, que los insultos y las ofensas se pagan caro.

EL ZORRO, EL GALLO Y LA GALLINA

En un campo de Chile vivía una familia campesina que tenía muchas aves y entre ellas un matrimonio formado por el gallo, la gallina y doce preciosos pollitos que hacía muy poco habían salido de su huevo. La orgullosa mamá iba todos los días a escarbar por ahí cerca y a la cola de ella iban piando sus niños pidiendo comida porque, a decir verdad, eran bastante golosos.

Desgraciadamente por los alrededores y en pleno campo vivía también un zorro. Era muy ladrón y cada vez que podía entraba a los gallineros y robaba las aves de los campesinos. Por esa razón, todos lo detestaban y le tenían ganas de cazarlo.

Un día que iba pasando medio oculto entre las ramas vio a lo lejos a la gallina con sus pollitos.

-¡Caramba!- pensó, aquí tengo comida. Los pollos son chicos, pero están gorditos. Cuando termine con ellos me como al papá y a la mamá.

Como el zorro es muy inteligente entendió que si se lanzaba sobre ellos habría un gran alboroto y entonces llegarían los perros y el hombre con su escopeta a dispararle.

El zorro pensó:

-Tengo que inventar una manera de comérmelos sin que se den cuenta los de la casa.

Así que aunque tenía mucha hambre, decidió esperar hasta que se dieran las condiciones para poner en práctica su plan.

Y así lo hizo. Un día que la gallina se había alejado bastante de la casa con sus hijos se fue acercando despacito por detrás de las matas y se presentó de improviso, de modo que la gallina no tuvo lugar para escapar ni gritar.

-Buenos días, dijo el zorro haciéndose el amable.

-Buenos días, contestó la gallina toda pálida y tiritona segura de que hasta ahí no más llegaría su vida.

-¿Cómo está usted, señora y cómo están sus hijos?

-Bien estamos, ¿y usted qué anda haciendo por aquí?

-¡Bah!, ¿y usted no sabe que andan las misiones?. Estamos bautizando a todos los chiquillos que están moros, o sea los que no están bautizados. ¿Y usted, tiene los suyos bautizaos?

-¿Bautizaos?, es que yo no sé na de eso.

-¡Pero cómo, señora, por Dios! No me va a decir que todavía no los han limpiado del pecado original. ¡Pero si eso es un pecado muy grande!.

Y el muy sinvergüenza del zorro miraba con espanto los pollitos que apiñados detrás de la gallina, asomaban las puras cabecitas entre las plumas de su mamá y miraban con tamaños ojos al zorro.

-Yo... yo no tenía idea de eso- tartamudeó muy asustada la gallina.

-Bueno, bueno, esto hay que arreglarlo altiro. Yo mismo seré el padrino y usted y su marido van a ser mis compadres. ¡No faltaba más que estos chiquillos tan lindos estén moros todavía!

La gallina no era muy inteligente y no supo qué hacer, así que aprovechando que el gallo andaba lejos, el zorro trajo agua y fue mojando uno por uno los pollitos haciéndose el que rezaba.

Cuando terminó le dijo a la gallina: listo, comadre. Ahora todos los chiquillos son mis ahijados. Yo soy su segundo padre y también tengo que preocuparme de que ellos se críen bien. Y a propósito, comadre, ¿por qué no me presta a uno de los ahijados para llevarlo a mi casa?.

-No, son muy chicos para salir del lado de su madre- respondió la gallina muy afligida.

-Pero no me los críe apollerados, pu comadre, déjelos que vayan a la casa de su padrino. Allá tengo tantas cosas pa comer como usted no se imagina. Tengo montones de trigo, sacos de avena, tengo porotitos, verduras, tantísimas cosas que yo no como. Todo eso que está allá ahora será para mis ahijados. A ver ¿quién quiere venir conmigo?, preguntó el muy cínico del zorro a los pollitos a los que se les hacía agua la boca con lo que el padrino había contado.

-Yo, padrino, yo, piaban los ahijaditos empujándose para llegar primero donde estaba el zorro. Éste eligió al más grandecito.

-Bueno, compadre, dijo la gallina muy preocupada. Llévelo, pero me lo cuida mucho y me lo trae mañana sin falta.

Partió el zorro con el pollito y fue haciéndole arrumacos como si fuera el más amoroso de los papás, mientras la pobre madre quedó enjugándose las lágrimas.

En tanto el zorro se vio solo con el pollito, se escondió en unos matorrales y se lo tragó de un bocado. Al otro día apareció muy campante donde la gallina.

-¡Comadrita, trabajando como siempre!- dijo haciéndose el simpático y repartiendo besos a los ahijados.

-¿Y mi chiquillo, dónde está?- preguntó la gallina al verlo solo.

-¿Su chiquillo? ¡Buuh! está más contento allá. No quiso venirse, ha comido de cuánto hay y es tanta su felicidad que quiere quedarse unos días más. ¿Sabe lo que me dijo, comadre? Que venga otro de mis hermanitos para que aproveche de comer tanta cosa rica, que aquí se está perdiendo. Que vengan a acompañarme, porque yo estoy muy contento aquí.

-Pero eso no está bien, pues compadre, exclamó preocupada la gallina. ¿Cómo va a ser que no se venga pa su casa?.

-No le digo, comadre, él lo único que quiere es que vaya un hermano para allá. A ver, ¿quién de ustedes quiere ir a comer cosas ricas con su hermano?.

Otra vez los pollitos saltaron ofreciéndose. El zorro eligió a uno y se fue con él después de convencer a la madre que en ningún lugar iba a estar mejor que en la casa de su padrino, y lo mismo que el día anterior en tanto se perdió de vista dio buena cuenta del ahijadito.

Y esto fue que todos los días volvía con el mismo cuento y de uno en uno en los doce días se los comió a todos.

El día trece regresó. Venía como siempre, muy amable y sonriente.

-Comadrita, ¿cómo está y qué es del compadre que nunca lo veo por aquí?.

-Allá está por esas matas anda, respondió la gallina -Pero ¿qué me cuenta de mi chiquillos? No sabe na lo apená que estoy. ¡Tanta falta que me hacen mis chiquillos!. Tráigamelos, pues compadre.

-Pero comadrita, ¿así que usted no quiere el bien pa sus chiquillos?. Usted no se imagina lo gorditos y contentos que están. ¿Y sabe lo que me dijeron?. “Padrino, ahora que estamos todos juntos vaya a buscar a mi mamá. Que venga a descansar unos días pa que se reponga”.

No le costó mucho al zorro sinvergüenza convencer a la gallina que estaba ansiosa de ver a sus hijitos.

-¡Ya, pues comadre, vamos nomás, en qué topa!

-Ganas tengo, pero mi marido...

-¿Pero qué problema va a tener el compadre si usted va pa allá un rato? Y se vuelve con los niños, pues comadre.

Partió la gallina con su compadre y a poco que se habían alejado de la casa, donde no se escuchará ningún alboroto de aletazos ni cacareos el malvado zorro se comió a su comadre.

-¡Éste sí que fue almuerzo!- se dijo el zorro con la barriga hinchada por la succulenta comilona y se durmió una buena siesta. Al día siguiente regresó tratando de hacerle rueda al gallo, pero éste lo miraba de lejos, desconfiado, y no le daba a lado para que se acercara. Pasaron dos días, al tercero el gallo se descuidó y el zorro se le presentó de sorpresa.

-Buenos días, compadre gallo.

-Buenos días, contestó el gallo tratando de escabullirse. ¿Y cómo está mi familia?

-Compadre usted no se imagina lo bien que están. Han encontrao tanta abundancia, que lo único que quieren es que vaya el papá. Tiene que ir, pues compadre, vaya a acompañar a su familia.

-Es que yo tengo tantísimo trabajo...

-Pero no todo va a ser trabajar pues, tiene que descansar, darse un gusto.

El gallo seguía explicando y dando razones mientras pensaba cómo podría escapar, pero se había alejado tanto de la casa, que aunque cacareara pidiendo auxilio, ni el hombre, ni los perros lo escucharían.

Mientras tanto el zorro lo había acorralado y no le quedaba escapatoria.

-¡Ya, vamos no más!, dijo impaciente el zorro. Está bueno de hacerse el rogar.

Lo agarró con el hocico y se lo llevó atravesando lomas, y ocultándose por los matorrales para no ser descubierto. El gallo pensó que hasta ahí no más llegaba su vida si no inventaba rápidamente una estrategia para escaparse.

De pronto, debieron atravesar un lugar despejado, en donde un grupo de campesinos estaban cortando trigo. Por más que el zorro trató de pasar sin ser visto uno de los hombres lo divisó:

-Miren, el zorro se lleva un gallo- gritó. Ahí va con él en el hocico.

-Ésta es la mía, pensó el gallo cuando notó que el zorro se ponía nervioso y movía las orejas y la cola muy inquieto. Aparentando estar molesto con el delator, el gallo exclamó: ¡y qué se mete ése! Compadre zorro, dígame, ¿y a vos qué te importa, intruso?.

El zorro es muy inteligente, pero cuando está asustado y nervioso no piensa bien, así que se dio vuelta hacia el hombre y le gritó: ¿Y qué te importa a vos, intruso?.

Era lo que esperaba el gallo. En tanto el zorro abrió el hocico, de un vólido escapó y se fue a parar a la copa de un árbol, a la orilla de una laguna.

El zorro muy picado, se puso a buscarlo por todas partes, pero no lo encontró. De repente miró hacia la laguna y vio a su compadre reflejado en el agua, y pensó:

-Así que en el agua se escondió el muy pillo. Igual nomás me lo voy a comer.

Se fue acercando despacito sin hacer ningún ruido y cuando creyó oportuno ¡zaas!, se tiró al agua para agarrar al gallo.

El chapuzón que se dio fue tremendo. Salió chorreando agua y se sentó a la orilla a pensar que había ocurrido. De pronto, escuchó una risita. Miró hacia arriba y vio que en la copa del árbol estaba el gallo muerto de la risa.

-Jijijijiji, ¿qué le pasó, compadre, que le dio de repente por bañarse?

-¡Ay!, compadre, gracias a Dios que escuchó mis ruegos y usted está salvo. Lo vi en el agua y pensé, “tengo que tirarme al agua nomás para salvar a mi compadre que se está ahogando”. ¿Pero qué está haciendo arriba usted compadre? Bájese pa que vamos andando. La comadre y los niños deben estar preocupados porque no llegamos.

-No, compadre, gracias. Yo me quedo aquí nomás.

-Pero no puede hacer eso pu oiga, agregó el zorro. La comadre nos está esperando con tremendo almuerzo.

-No, compadre, yo no voy a bajar, así que no pierda el tiempo.

El zorro se echó a los pies del árbol pensando: “en algún momento va a tener que salir de ahí nomás, es cuestión de tener paciencia”.

En eso estaba hasta que escuchó al gallo contar: uno, dos, tres... Miraba a lo lejos y volvía a contar: uno, dos, tres... El zorro se interesó.

-¿Qué está contando, compadre gallo?

-No me distraiga. A ver, uno, dos, tres, sí son tres.

-¿Pero que está contando, pues?

-Por Dios que molesta usted, compadre zorro. Al hombre que viene allí con tres perros, eso estoy contando.

El zorro se puso terriblemente nervioso.

-¿Por dónde vienen compadre?

-Por la izquierda, por la izquierda vienen.

-¿Sabe, compadre gallo? Yo tengo que irme un ratito, pero usted me espera ahí nomás. Yo ligerito vuelvo- dijo muy nervioso el zorro y para sacarle el cuerpo a los perros se fue corriendo por la derecha. Poquito después se escucharon disparos y una tremenda zalagarda de perros, luego sólo se vio una gran polvareda. Eso fue todo.

La verdad es que el gallo lo había engañado porque el cazador y sus perros venían realmente por la derecha.

Y dicen que así terminó la vida del zorro porque, aunque era muy inteligente, recibió su castigo por engañar y aprovecharse de la inocencia de los animalitos indefensos.

EPÍLOGO

Gabriela Mistral, en uno de sus conocidos “*Recados*” en los que entrega pautas y consejos a los maestros para el buen éxito en la sagrada misión de enseñar, afirma con la fuerza y lucidez que la caracterizan:

“contar es encantar, con lo cual entra en la magia”. Magisterio y niño (1979:94)

Es esta una verdad tan absoluta e inmutable como lo demuestra el que, desde la remota creación del lenguaje oral, las diversas colectividades humanas desarrollaron una cultura sobre la base de la palabra hablada, logrando así la maravillosa capacidad de simbolizar, narrar y compartir con sus semejantes las fabulosas creaciones de su universo mítico.

Había nacido entonces, lo que hemos denominado “la oralidad”.

Desde tiempos inmemoriales y reunidos en largas veladas en torno al fuego, sucesivas generaciones escucharon, recrearon y repitieron una y otra vez, historias, mitos, sucesos, cuentos, contados a viva voz por un narrador que “encantaba” y subyugaba a su auditorio con su fecundidad imaginativa y la potencia de su oralidad.

Así pues, la oralidad significó el triunfo de la palabra hablada y ésta propició que en el seno mismo de las incipientes sociedades humanas se generaran y elaboraran ricas tradiciones las cuales, por medio de un activo ejercicio de oralidad, transportaron en el tiempo aquellas manifestaciones de la cultura en que dichas sociedades dejaron impresos para siempre su particular modo de percibir y simbolizar su visión de mundo y con ello su propia identidad.

Sabemos el efecto demoledor y desintegrador que provocó la inmersión y la conquista europea en las culturas de nuestros pueblos aborígenes precolombinos.

Pese a la tenaz resistencia que éstos opusieron a la imposición violenta de aquellas culturas foráneas, no fue posible impedir que se iniciara un inevitable proceso de aculturación que se fue intensificando y afianzando en los siglos sucesivos. Esto provocó la pérdida irreparable de gran parte del patrimonio cultural legado por nuestros pueblos originarios, imprescindible y fundamental para que los americanos de hoy podamos cimentar nuestra identidad y reconocernos en las raíces ancestrales de nuestro ser americano.

“Solamente un pueblo del extremo sur americano logró resistir la invasión europea conservando su individualidad étnica y su cultura: el pueblo araucano. *No hay otro pueblo americano que haya resistido tanto la presión del europeo y luego del mestizo para evitar la aculturización*” afirma Hernán San Martín y agrega: *(pese a ello) “el estrecho contacto que se produjo durante los tres siglos de la Guerra de Arauco, produjo inevitablemente la modificación en la estructura social de la cultura araucana, no obstante conservaron un elemento cultural inalterable: el idioma”*. Los araucanos (1972:30-31)

Esto último constituye un hecho de medular importancia, porque el idioma es la lengua propia de un pueblo, la que se aprende a hablar al interior de la familia, de la tribu, de la colectividad y es, como lo hemos dicho, el medio fundamental que utilizó el ser humano, desde que inventó el lenguaje, para pensar, crear, simbolizar, proyectar y comunicar su visión de mundo.

La lengua fue entonces el recurso primordial que permitió al indio americano salvar del naufragio de su cultura aquellos contenidos esenciales que le habían dado sentido a su cosmovisión y fundamento a su existencia.

Por esta razón, todos los bienes culturales que sucesiva y comunitariamente nuestros pueblos originarios han creado y conservado en su potente memoria histórica y transmitido por tradición oral, nos permiten insertarnos en sus remotas culturas estableciendo de este modo un contacto íntimo y espiritual con quienes los crearon. Mitos, poemas épicos, leyendas, oraciones, cuentos y toda una extensa variedad de narraciones y relatos que nos han llegado por tradición oral, más allá de una lectura entretenida y gozosa, nos ofrecen la posibilidad de vislumbrar el modo particular en que nuestros milenarios antepasados respondieron a las cuestiones trascendentales, esenciales e inherentes a la criatura humana, las cuales tanto antes como ahora, siguen inquietándonos y desafiando al hombre contemporáneo.

Así pues, importantes tópicos de la cosmovisión mapuche podemos encontrarlos en los epew, (cuentos ficticios) y en los “nütram” (relación de hechos verdaderos o considerados como tales) entregados por la familia Quintupil y reunidos en este texto. Veamos algunos ejemplos.

El Mal y el Bien, dualismo siempre presente y en continua lucha, producen un desequilibrio en la vida de los seres humanos y en el orden cósmico, por lo tanto es perentorio restablecerlo al precio que sea.

Así pues, Colmei, la madre de nuestra informante, es poseída en forma sorpresiva por el mal que la arrastra irremediablemente a una muerte segura. En el momento más crítico logra salvar su vida gracias a las fuerzas poderosas que asisten a la machi Guillermina, quien, como toda Machi, encarna la fuerzas del bien. Ella, con la participación de la colectividad toda, logra aniquilar el Mal y restaurar la salud de la mujer agonizante.

En el relato *los Tres Hermanos y el Mal Encarnado*, Mariñanco ha sido designado para desempeñar el puesto de su padre, cacique fallecido y muy querido y respetado. Mariñanco, poseído por el Mal, no respeta las normas y valores entrañables de la comunidad e incurre en actuaciones oprobiosas e indignas.

Su pueblo reunido en asamblea y por unanimidad decide que sólo la muerte de Mariñanco puede restablecer el equilibrio perdido poniendo las cosas en su orden normal. Así se hace pero, acota nuestra relatora, “Aquel mal que deambula por esas tierras aún sigue vagando, anda suelto y descarga sus zarpazos en los pueblos indígenas”.

En *El Hijo Apostado*, una bruja, madre desnaturalizada y poseída por el mal, programa el asesinato de su hijo, cuya vida ha ofrecido en pago de una apuesta perdida. Informado éste del siniestro plan, no tuvo más alternativa que matarla, porque la comunidad debe deshacerse de quienes reniegan del Bien por cuanto son destructores de la vida, de la familia y de la sociedad.

Otro elemento central de la cosmovisión mapuche es la religiosidad.

Este pueblo posee una religiosidad profunda, arraigada en las fuerzas de la naturaleza.

De forma mágica y a través de un sueño don Ignacio Quintupil, padre de la informante, recibió el Bien de la oración que lo protegió toda su vida. Para ello debió cumplir con el mandato divino: *“aprenderás a orar, todos los días te levantarás al alba y antes que raya el sol, irás hasta un lugar solitario. Allí harás tus oraciones frente a la naturaleza”* (...) así lo hizo, siempre se comunicó con Dios, no en un templo, sino en contacto con las obras creadas por Él: las vertientes, los árboles, el viento, la lluvia, la montaña.

Asimismo en *El Pudú de los Aros de Oro*, ante la inminente derrota de los guerreros enfrentados al cruel enemigo español, “el cacique clamó a los cielos y pidió auxilio para salvar a los niños, ancianos y mujeres de la aniquilación, la tortura y la humillación. Oró con devoción frente a una vertiente muy respetada donde se alzaba un risco. “Era un santuario donde el cacique hacía sus rituales y solicitaba a Dios apoyo y sabiduría para gobernar su pueblo en días de tanto sufrimiento”.

Un tercer elemento importantísimo y central también en la cultura mapuche es el valor de la reciprocidad.

En el epew *La Venganza de la Mujer del Mar*, Manquean, un muchacho alegre y simpático va con sus amigos a pescar. Por hacer una broma, dice que la roca de la que salta un chorro de agua por un orificio son los genitales de una mujer que está orinando. Los amigos celebran la ocurrencia y Manquean salta la roca y tapa el orificio con un pie. Terminada la “gracia” intenta volver donde sus compañeros, pero fue imposible. Ni el esfuerzo de éstos ni la ceremonias y rogativas de la machi, lograron rescatarlo. La mujer del mar se había apropiado de este hombre para hacerlo su marido y pagó para recompensar a la comunidad con una varazón tan enorme como jamás se había visto.

En *El Canto del Chilchihuín*, la niña protagonista protege y abriga a un pequeño pajarito sin plumas en peligro de morir de frío. En respuesta a su actitud generosa, el pajarillo acude en su ayuda impidiendo que la niña sea castigada y maltratada brutalmente por la sádica mujer que la tiene en su poder.

Es interesante también observar otro rasgo de la cosmovisión mapuche como lo es la simbolización de conductas propiamente humanas representadas por animales. El Zorro, por ejemplo, se muestra vicioso por el juego, tramposo, embustero, irresponsable, irrespetuoso, mal agradecido.

La bandurria, en cambio, proporciona al zorro el tratamiento que éste necesita a pesar de las gravísimas ofensas que él le ha inferido.

La pudú cobra venganza y hace justicia matando a los hijos de la zorra que se comió a sus pequeños críos.

Resulta evidente por lo tanto, que en todos los relatos que entregamos, así como los ejemplos anotados, persisten elementos vertebrales de la visión mapuche de esta cultura que comentamos, muchos de los cuales han sido asimilados y están presentes también en la cultura rural de nuestro pueblo, conformando parte de la identidad de éste.

Por último sólo me resta agregar que el presente trabajo, fue elaborado en su origen con el solo objetivo de que un material tan valioso como el que la señora Guillermina Quintupil y su sobrino Erwin Quintupil me entregaron, no quedaran sólo en el placer de escucharlo de sus propios labios, sino que ya transcrito pudiera ser conocido y difundido en su familia para fortalecer la identidad de sus actuales y futuros descendientes.

He agregado también el cuento El León de Santa Juana entregado por don Alejandro Flores, esposo de la señora Guillermina, quien tuvo la gentileza de entregármelo en aquellas largas y amenas reuniones de cuentacuentos realizadas en su hogar. Este relato sin ser propiamente mapuche, tiene sus valores propios y pertenece a la riquísima veta de la narrativa folklórica chilena de extracción rural.

Todos los epew y nüttram fueron narrados en castellano y la transcripción se realizó con la mayor rigurosidad posible. Fueron escuchados y aprobados por la señora Guillermina durante una reunión de lectura en la intimidad de su cocina, mismo lugar donde habían sido narrados y grabados.

GRACIELA ALVEAR MUÑOZ

Profesora de Estado en la asignatura de Castellano con título otorgado por la Universidad de Chile. Estudió Pedagogía en la Universidad de Concepción entre los años 1957 a 1962. Se desempeñó en la docencia principalmente en Liceos comerciales de Concepción y Talcahuano. Inició sus trabajos de estudio, recopilación y proyección del folclor en 1974.

Por 32 años formó parte del taller de Investigación y Proyección de la Cultura Folclórica en el conjunto Mullantú de Artistas del Acero, para lo cual creó los siguientes trabajos de proyección teatral, entre los que destacan: “Las siete noches encantadas”, “Oratorio por la muerte de Anselmo”, “El llancazo” y “El payasito de virtud”. Por encargo del departamento de Cultura de la Secretaría Regional de Educación, dictó seminarios de aplicación de la cultura folclórica en la educación a profesores de Ñuble, Los Ángeles, Negrete, entre otros.

Producto de sus investigaciones en terreno, ha escrito dos textos: “Las Flores del Canelo”, “Cuentos de la Montaña”, y en elaboración, “Los Cuentos que me han contado”. En 2002 gana el Fondart para la publicación del proyecto “Érase una vez”, consistente en la realización de un audio libro con tres cuentos y un texto de apoyo para profesores, de aplicación de la cultura folclórica en el proceso educativo. En 2005 gana el primer lugar en el concurso de narrativa en educación intercultural bilingüe, “Mi voz, nuestra historia” del Ministerio de Educación.

AUDIOLIBRO “LAS FLORES DEL CANELO”

Recopilado por Graciela Alvear Muñoz durante los años 1997 y 2000.

Enlace a audiolibro: Aquí	QR:
https://drive.google.com/drive/folders/1BRsgelHgnWckeupo5NNQ4pB6qGyykPp?usp=sharing	

Realización y producción general del audiolibro:

Área Educativa, Museo de Historia Natural de Concepción

Directora General: Evelyn Elgueta Villablanca

Recopilación y voz: Graciela Alvear Muñoz

lasfloresdelcanelo.chelita@gmail.com

Grabación y Asistencia de Producción:

Vicente Luna Cartes

Emilia Pino Betancourt

Krishna Pezoa Jara

Eduardo Baeza Alvear

"Se autoriza la reproducción total o parcial de este libro, siempre que se mencione el nombre de la autora y la fuente original. No se permite su uso con fines comerciales"

Concepción, febrero 21 de 2025